

# OBISPO

## Decretos

### Estatuto del Arcipreste



LEONARDO LEMOS MONTANET  
BISPO DE OURENSE

Prot. n°: 874/2022

**NOS, EL DR. D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE OURENSE**

#### DECRETO

El Arciprestazgo es el espacio y lugar privilegiado para el testimonio de la unidad del ser y quehacer de los presbíteros (PO 8) junto con los miembros de la vida consagrada y los laicos. Es la *unidad básica* para dar respuesta a la problemática pastoral de cada zona, la cual ha de verse como un compromiso, asumido corresponsablemente por todos y cada uno de los agentes de pastoral y cuyo cumplimiento debe exigirse como signo de comunión.

El Arcipreste, por su parte, es el colaborador inmediato del Obispo en la demarcación territorial del Arciprestazgo para coordinar e integrar toda la acción pastoral en comunión con los otros arciprestazgos y demás organismos diocesanos, contando para ello con la ayuda del Vicearcipreste y del Equipo Pastoral del Arciprestazgo.

Siendo necesario que exista un Estatuto aprobado por el Obispo, actualizado y que responda a la realidad y problemática actual, en el que se establezca la forma de nombramiento, las facultades, competencias y duración en el cargo del Arcipreste y Vicearcipreste, así como, aquellos extremos referidos al Equipo Pastoral del Arciprestazgo y a la Asamblea de Arciprestes; una vez realizadas, las consultas oportunas, en virtud de las facultades ordinarias que me han sido otorgadas,

#### DISPONGO

Derogar el Estatuto precedente de 1 de octubre de 1991 y aprobar y promulgar el presente Estatuto del Arcipreste, cuyo texto se publicará, junto a este Decreto, en el Boletín Oficial de la Diócesis de Ourense.

Confo en que los Arciprestes, Vicearciprestes, demás sacerdotes y fieles, acojan este Estatuto con verdadero espíritu sinodal y así puedan ayudar a la renovación y testimonio de nuestra Iglesia Diocesana.

Dado en Ourense, a veinte de diciembre de dos mil veintidós.

Notifíquese y publíquese.



M. Emilio Rodríguez Álvarez  
Canciller Secretario del Obispado Ourense

Rúa Progreso, 26 - 32003 OURENSE

## ESTATUTO DEL ARCIPRESTE

La unidad básica para dar respuesta a la problemática pastoral de cada zona es necesariamente el arciprestazgo, siempre y cuando la acción que se programa no sea vista como imposición arbitraria o como directrices meramente opcionales, sino como compromiso, asumido corresponsablemente por todos y cada uno de los agentes de pastoral y cuyo cumplimiento debe exigirse como signo de unidad de acción.

### I.- IDENTIDAD DEL ARCIPRESTAZGO

Art. 1. El Arciprestazgo es una agrupación de parroquias cercanas y coincidentes en características socioculturales y pastorales, que se unen para promover, planificar y coordinar el trabajo pastoral de la zona, bajo la presidencia del Arcipreste, con el fin de realizar mejor el ministerio en beneficio de los fieles (cf. c. 374 § 2). De conformidad con las enseñanzas del Vaticano II (PO 8), se puede seguir considerando luminosa aquella definición del Arciprestazgo en la que se integraban las tres imágenes que esclarecen su identidad y su misión, a saber, el Arciprestazgo ha de ser: hogar, escuela y taller.

### II.- FINALIDADES DEL ARCIPRESTAZGO

Art. 2.- Las finalidades del Arciprestazgo son:

- a. Coordinar la acción pastoral como fruto de una participación y ejecución responsable de la Programación Diocesana, las directrices episcopales y los acuerdos diocesanos, adaptándola a la realidad propia de cada arciprestazgo, parroquia, unidad pastoral o comunidad cristiana.
- b. Organizar, cuando se vea conveniente, actividades comunes que superen las posibilidades de las parroquias o UaPs, sin que ello suponga tener jurisdicción sobre las parroquias del Arciprestazgo.
- c. Impulsar la espiritualidad de los sacerdotes y su formación permanente, con el fin de potenciar la comunión con Dios y con los hermanos: participación responsable, sentido positivo de la existencia, diálogo, espíritu de discernimiento, apertura a la corrección fraterna, conversión del corazón, fidelidad, oración, auténtico espíritu litúrgico, comunicación de bienes y esperanza.
- d. Ayudar y apoyar a las parroquias en su proceso de renovación espiritual y pastoral.

### III.- NOMBRAMIENTO Y CESE DEL ARCIPRESTE Y DEL VICEARCIPRESTE

Art. 3.- El Arcipreste es el sacerdote con cargo pastoral, que preside un Arciprestazgo en nombre del Obispo con las facultades que le otorga el Derecho y las normas legitimamente establecidas (c. 553 § 1).

Art. 4.- El Vicearcipreste es el sacerdote de la misma zona pastoral, designado por el Obispo, miembro nato del Equipo Pastoral Arciprestal, como colaborador fiel e inmediato del Arcipreste.

Art. 5.- El Arcipreste y el Vicearcipreste han de ser idóneos para el cargo: es decir, han de gozar de la estima del clero y de los fieles por su doctrina y prudencia; han de estar dotados con capacidad de acogida y servicio; dialogantes y abiertos a todos los agentes de pastoral; animadores y promotores de la comunión; solícitos cuidadores de los sacerdotes, tanto a nivel humano como espiritual, y estar comprometidos con el proceso pastoral diocesano.

- Art. 6.- El cargo de Arcipreste y de Vicearcipreste no están ligados a una parroquia determinada. El Obispo ha de elegir a aquellos sacerdotes a quienes considere idóneos según las circunstancias de lugar y de tiempo (c. 554 § 1).
- Art. 7.- Tanto el Arcipreste como el Vicearcipreste son nombrados por el Obispo, después de oír, según su prudente juicio, a los sacerdotes que ejercen el ministerio en el arciprestazgo del se trata (c. 553 § 2).
- Art. 8.- Para la realización de la consulta, el Obispo o aquel en quien delegue remitirá, a cada sacerdote del Arciprestazgo, un sobre al efecto, que contendrá una papeleta para que anote en privado, consciente de la importancia de su decisión, el nombre y apellidos de tres presbíteros que considere idóneos para el desempeño del oficio de Arcipreste y de Vicearcipreste.
- Art. 9.- Pueden proponer Arcipreste y Vicearcipreste todos los sacerdotes seculares y miembros de Vida Consagrada que tengan ministerio pastoral en el Arciprestazgo.
- Art. 10.- El Obispo, enterado de esta forma sobre el parecer de los sacerdotes del Arciprestazgo, designará libremente al sacerdote que considere idóneo para desempeñar el oficio de Arcipreste y el de Vicearcipreste.
- Art. 11.- El tiempo de duración en el cargo será como máximo de dos cuatrienios consecutivos, a no ser que, por razones pastorales, el Obispo juzgue oportuno adoptar otra determinación. Si por cualquier causa, de las establecidas en el artículo 12, el Arcipreste no pudiese cumplir el tiempo establecido, el Vicearcipreste asumirá sus funciones, además de las que le son propias, hasta completar el período quedando a salvo la libertad del Obispo para proveer de otra manera (c. 554 § 2).
- Art. 12.- El Arcipreste y el Vicearcipreste cesarán en el cargo: por transcurso del tiempo para el que fue nombrado, por jubilación (Cf. cc. 184-186), por renuncia presentada ante el Obispo y aceptada por éste (Cf. cc. 187-189), por traslado (Cf. cc.190-191), o pueden ser removidos a tenor de Derecho (Cf. cc. 102-195; c. 554 § 3).

#### IV.- FACULTADES Y DEBERES DEL ARCIPRESTE

- Art. 13.- El Arcipreste es el sacerdote nombrado por el Obispo, que preside y modera el Arciprestazgo de acuerdo a lo establecido por el Derecho y el presente Estatuto (Cf. c. 553 § 1).
- Art. 14.- Al Arcipreste corresponde presidir el Equipo Pastoral Arciprestal, para cuya creación y eficaz funcionamiento, recabará con insistencia la colaboración de los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares del Arciprestazgo.
- Art. 15.- El Obispo oiga al Arcipreste para juzgar sobre la idoneidad del candidato a atender pastoralmente alguna de las parroquias o UaPs del Arciprestazgo (Cf. c. 524).
- Art. 16.- El Arcipreste gozará de jurisdicción administrativa plena en las parroquias vacantes de su Arciprestazgo.
- Art. 17.- Además de las funciones asignadas al Arcipreste por el Derecho Canónico (Cf. c. 554), asumirá las directrices pastorales diocesanas y los objetivos propuestos por la Vicaría de Pastoral y los organismos diocesanos, recordando siempre que la Iglesia se realiza plenamente sólo en la Iglesia particular o Diócesis. El Arcipreste velará para que se mantenga y potencie esta comunión con toda la Diócesis y la consiguiente comunicación con el Obispo y los organismos diocesanos.
- Art. 18.- El Arcipreste tiene el deber de asistir a la reunión de la Asamblea de Arciprestes y a cualquier otra reunión en donde legítimamente se requiera su presencia.

- Art. 19.- El Arcipreste debe *fomentar y coordinar la pastoral común* en el Arciprestazgo (Cf. c. 555 § 1, 1º). Por tanto ha de:
- Promover*, es decir, estimular y animar a realizar las actividades comunes.
  - Coordinar e impulsar* la acción conjunta, velando para que se cumplan los acuerdos tomados y revisando en común las acciones.
  - Convocar y moderar* las reuniones de carácter arciprestal, procurando que sean frecuentes, fraternas y formativas, de modo que ayuden a profundizar en la doctrina y sirvan de base para el compromiso pastoral.
- Art. 20.- Entre los deberes fundamentales del Arcipreste se encuentra la *atención a los sacerdotes*, a saber, cuidar de que todos vivan conforme a su estado y cumplan diligentemente sus deberes (Cf. c. 555 § 1, 2º); fomentar entre ellos la asistencia a cursos de formación permanente, cursillos y conferencias (Cf. c. 555 § 2, 1º); que tengan a su alcance las ayudas materiales y espirituales necesarias, animándoles a que asistan a los retiros y ejercicios espirituales y poniendo atención a que, en la medida de lo posible, puedan disfrutar de un tiempo de vacaciones cada año (Cf. c. 555 § 2, 2º) coordinándose entre todos y supléndose siempre que fuere necesario.
- Art. 21.- El Arcipreste debe preocuparse sobre todo de los sacerdotes ancianos o que se encuentran en circunstancias difíciles, prestando particular atención a los enfermos, de forma que sean visitados y no carezcan de los auxilios espirituales y materiales y de que se celebren con dignidad sus honras fúnebres en caso de fallecimiento. Provea también que cuando sean trasladados, enfermen o mueran no desaparezcan los libros, los documentos, objetos y ornamentos sagrados u otras cosas pertenecientes a la Iglesia (Cf. c. 555 § 3).
- Art. 22.- El Arcipreste ha de procurar, en su Arciprestazgo, que las *funciones religiosas se celebren según las prescripciones de la Sagrada Liturgia; se cuide diligentemente el decoro y el esplendor de las iglesias y de los objetos y ornamentos sagrados, sobre todo en la celebración Eucarística y en la custodia del Santísimo Sacramento* (c. 555 § 1, 3º).
- Art. 23.- El Arcipreste cuidará de que los *archivos parroquiales* se lleven diligentemente, se encuentren custodiados debidamente y se cumplan las normas canónicas y diocesanas respecto a inscripciones, conservación y envío de documentos a la Curia o a otras parroquias (Cf. c. 555 § 1, 3º).
- Art. 24.- Procurará que se cumplan las normas canónicas y diocesanas relativas a la *administración y conservación diligente de los bienes eclesíasticos* (Cf. c. 555 § 1, 3º), en especial los empleados en el culto y los que tengan un relevante valor artístico o material, y las casas parroquiales, procurando ayudar a los sacerdotes a tener al día el inventario.
- Art. 25.- Se pedirá informe al Arcipreste sobre ventas y cesiones y se le notificarán los acuerdos adoptados por los organismos diocesanos correspondientes.
- Art. 26.- Deberá urgir el cumplimiento de la justicia social en aquellas parroquias en que hay algún personal seglar empleado.
- Art. 27.- El Arcipreste tiene el deber de visitar todas las parroquias del Arciprestazgo con la frecuencia conveniente (Cf. c. 555 § 4). Esta visita, sin perder el carácter fraternal, se hará con la debida seriedad.

## V.- FACULTADES Y DEBERES DEL VICEARCIPRESTE

- Art. 28.- Suplirá al Arcipreste en los casos de incapacidad transitoria o ausencia justificada. Asistirá a la Asamblea de Arciprestes, con voz y voto, logrando así una mejor conjunción de actividades.
- Art. 29.- De forma especial, ayudará al Arcipreste en cuestiones administrativas referentes a la conservación de los bienes inmuebles y a la gestión de todo lo relacionado con su inmatriculación; tendrá especial preocupación por el estado de los templos, de las casas parroquiales y de los cementerios.

## VI.- EL SECRETARIO - TESORERO DEL ARCIPRESTAZGO

- Art. 30.- En cada Arciprestazgo habrá un Secretario, elegido para cuatro años por todos los miembros del Equipo Presbiteral que tengan derecho a voto.
- Art. 31.- Sus funciones serán: redactar las actas de las reuniones, que recogerán los acuerdos tomados, tramitar la convocatoria de las reuniones, ayudar al Arcipreste, con el Equipo Coordinador Arciprestal, en la preparación de las mismas.
- Art. 32.- El Secretario hará las funciones de Tesorero, es decir, recabará los recursos necesarios para cubrir los gastos de actividades comunes dentro del Arciprestazgo y administrará los fondos existentes al servicio de la fraternidad sacerdotal y apostólica.
- Art. 33.- Constituido el Equipo Coordinador Arciprestal y el Consejo Pastoral Arciprestal, será el Secretario de los mismos.

## VII.- EL EQUIPO PASTORAL DEL ARCIPRESTAZGO

- Art. 34. El equipo pastoral del Arciprestazgo está formado por todos los sacerdotes, miembros de la Vida Consagrada y laicos que forman parte del Consejo Pastoral Arciprestal.
- Art. 35.- El Equipo Pastoral Arciprestal nace como expresión de comunión en una Iglesia misionera, de puertas abiertas, que promueve una pastoral en la que corresponsablemente todos buscan acercar el Evangelio al Pueblo de Dios y, de modo especial, a aquellos que se encuentran alejados de la fe.
- Art. 36.- El Arcipreste, como coordinador y animador del grupo, deberá propiciar cuanto favorezca la acción conjunta y especializada del equipo. A este efecto deberán reunirse con la frecuencia que exijan las distintas necesidades del Arciprestazgo.

### 1. El Equipo presbiteral

- Art 37.- Está formado por todos los sacerdotes con encargo pastoral en el Arciprestazgo.
- Art 38.- Se reunirán dos veces al mes para promover y cuidar la Formación Permanente:
- Cuidar su actualización teológica.
  - Compartir inquietudes pastorales.
  - Alentar las tareas programadas por el Consejo Pastoral Arciprestal (CPA) y el Equipo Coordinador del Arciprestazgo.
  - Acoger las informaciones y acuerdos de la Asamblea de Arciprestes o de los diversos organismos diocesanos y manifestar a sus representantes aquellas que quieren sean transmitidas a los mismos.
  - Cuidar la vida espiritual participando en los retiros y animando a realizar Ejercicios Espirituales mostrándose disponibles para posibles sustituciones.

- Promover momentos lúdicos y de convivencia para alentar y vivir la fraternidad.

Art 39.- A estos encuentros es conveniente invitar a los Sacerdotes eméritos y Diáconos que viven o colaboran en el Arciprestazgo.

## **2.- El Equipo Coordinador Arciprestal**

Art. 40.- Lo integran el Arcipreste, el Vicearcipreste, el Secretario - Tesorero y dos miembros elegidos entre los fieles laicos que integran el Consejo Pastoral Arciprestal (CPA).

Art. 41.- Las funciones del Equipo Coordinador Arciprestal son colaborar especialmente con el Arcipreste en:

- a. Fomentar un clima de fraternidad, ayuda y respeto entre todos los miembros y parroquias del Arciprestazgo.
- b. Coordinar la puesta en marcha de la Programación Pastoral Arciprestal, concretando en la realidad del Arciprestazgo la Programación Pastoral Diocesana, atendiendo a la peculiaridad de cada comunidad parroquial.
- c. Animar al cuidado de las diversas celebraciones litúrgicas: procurando que se celebren según las normas previstas por la Iglesia, con nobleza, sencillez y fidelidad, como un servicio a la fe del Pueblo de Dios, comunicada como experiencia de gracia y gozo, promoviendo los ministerios laicales para favorecer la participación de toda la asamblea celebrante.
- d. Incentivar la preocupación responsable por los bienes de la Iglesia, tanto en lo referido a su custodia como a su adecuada utilización en orden a que cumplan los fines para los que fueron destinados (Cf. c. 254 § 2).
- e. Cumplir las funciones que establece el Consejo Pastoral Arciprestal (CPA).

## **3.- El Consejo Pastoral Arciprestal**

Art. 42.- El Consejo Pastoral Arciprestal (CPA) es un órgano permanente de carácter consultivo, representativo de todas las parroquias o Unidades de atención Parroquial (UaPs), comunidades de Vida Consagrada, Asociaciones y movimientos que integran el Arciprestazgo que se guiará por su propio Estatuto.

Art. 43.- El Vicario de Pastoral mantendrá una relación fluida con el Arciprestazgo y su Equipo Pastoral y se personará en sus reuniones cuando el Equipo lo reclame o cuando él lo considere oportuno, siempre para animar los proyectos, ayudar a resolver los problemas, evaluar lo que se realizó y lo que se dejó sin hacer.

## **VIII.- LA ASAMBLEA DE ARCIPRESTES**

Art. 44.- La Asamblea de Arciprestes servirá para la promoción de la fraternidad sacerdotal y apostólica, la aplicación de los planes pastorales, la unidad de criterios y el que se vayan dando pasos en una acción cada vez más evangelizadora de la comunidad diocesana que depende, en gran parte, de la actuación coordinada de los Arciprestes.

Art. 45.- Todos los Arciprestes y Vicearciprestes de la Diócesis presididos por el Obispo o por sus Vicarios constituyen la Asamblea de Arciprestes, a la que se invitará a los Delegados Episcopales; tiene como finalidad:

- a. Potenciar la pastoral diocesana de conjunto y la ayuda a los sacerdotes y

demás agentes de pastoral.

- b. Intensificar la colaboración con el Obispo y demás organismos diocesanos en su actividad pastoral.
- c. Fomentar la comunión y participación de cada arciprestazgo con la comunidad diocesana.
- d. Poner en común las programaciones de los Arciprestazgos, intercambiar experiencias y revisar la acción pastoral de las zonas y de toda la Diócesis.

Art. 46.- La Asamblea de Arciprestes se reunirá siempre que sea legítimamente convocada.

Art. 47.- La asistencia a estas reuniones es uno de los deberes más graves de los convocados.

#### **IX.- LA MODIFICACIÓN DE LOS ARTÍCULOS DEL ESTATUTO**

Art. 48.- Los artículos de este ESTATUTO DEL ARCIPRESTE podrán ser modificados solamente por el Obispo diocesano, una vez oída la Asamblea de Arciprestes.

## Mensajes

### Ó noso señor Santiago

[*Catedral de Compostela, 8 de octubre de 2022*]

¡Señor Santiago!

Representando a los hijos e hijas de la Iglesia que peregrina en Ourense, nos presentamos ante tu altar para invocar tu protección y ayuda. Estamos aquí convocados por una devoción multisecular que se encuentra presente en nuestra geografía ourensana, tan cálida y acogedora.

Hemos hecho una experiencia sinodal desde el año 2016, nos hemos esforzado por “caminar juntos”, “caminar unidos”, como hemos cantado tantas veces a lo largo de estos últimos años. Síguenos ayudando en este proceso sinodal que es el camino de la Iglesia en este milenio.

Hoxe vimos á Casa do Señor Santiago, e facémolo co corazón de auténticos peregrinos da fe, por iso che pedimos que manteñas e impulses a vida cristiá no noso pobo. Poñemos ós teus pés os desvelos polos nenos e mozos para que preserves nas súas vidas a semente da fe. Non queremos esquecernos dos seus profesores e educadores; rogámosche que entre todos saibamos construír centros educativos onde fórmense auténticos cidadáns do mañá. Que as ensinanzas inspiradoras de Xesus Cristo, o Divino Mestre, alumeen totalas súas actividades académicas. Pedímosche, tamen, polos matrimonios e as familias; por aqueles que pasan dificultades. Pola fecundidade do amor esponsal e para que os nosos mozos e mozas descubran a beleza do amor aberto á vida.

Ourense, ¡Santo Apóstolo!, ten sido unha terra xenerosa en vocacións. Rogámosche que suscites entre a mocidade vocacións ó sacerdocio e a toda forma de vida consagrada. Bendí os nosos Seminarios, que son o corazón da nosa Igrexa. Axuda ós sacerdotes no exercicio do seu ministerio no complexo mundo actual, de xeito especial ós que acompañan as comunidades rurais.

Sentimos a urxente necesidade de pedir para os homes e mulleres da nosa terra un traballo digno que non os force a emigrar do seu entorno familiar, en especial no caso dos mozos, e que está a provocar un envellecemento crecente do nosos pobos.

Coa esperanza agradecida poñemos ós teus pés ós nosos sacerdotes maiores e anciáns; a aqueles que están a experimentar algunha tribulación. E, con eles, tamén che suplicamos que acollas a existencia das nosas relixiosas. Elas teñen sido e seguen a ser un alento de frescura e de entrega evanxélica, non só na nosa Diocese, senón nas misións da Igrexa Universal.

¡Apóstol Santiago!

Quisiéramos poner en tus manos a nuestros mayores. Algunos se encuentran con nosotros hoy aquí; una gran mayoría se quedaron en sus hogares y en tantas residencias como hay esparcidas por nuestra Diócesis. Te pedimos que ruegues al Señor Jesús para que los acompañe en ese tramo final de su peregrinación por este mundo. Y no te olvides de presentar al buen Padre Dios a todos los que en estos últimos años nos dejaron y siguen vivos en nuestro recuerdo.

Quisiera seguir abriendo mi corazón de hermano, padre y pastor de esta antiquísima Iglesia, pero lo dejo todo en el regazo de Santa María Madre, nuestra celestial patrona, Reina de los Apóstoles. Que ella nos aliente en nuestro caminar, como te alentó a ti, y sigamos sembrando la semilla de la fe en el corazón de nuestros pueblos y de sus gentes, de los cercanos, de los que se alejaron y también de aquellos de quienes quizás nos hemos alejado nosotros.

Que así sexa!

## Gracias, muchas gracias, por tantas cosas buenas

La Jornada de la Iglesia Diocesana se va estableciendo, lentamente, y se está haciendo presente en la memoria colectiva de las parroquias y de sus gentes y, como una pequeña gota de agua que va cayendo, constantemente, sobre la superficie de la roca más dura, la va horadando poco a poco hasta que la penetra y la transforma; de igual modo está sucediendo con la campaña de la Iglesia Diocesana. No resulta fácil cambiar “la roca” de la inercia y de la indiferencia –que es todavía peor–, pero somos conscientes de que año tras año se va convirtiendo en una ocasión para descubrir que tenemos que ser conscientes de que como cristianos, hijos de la Iglesia Católica, no vivimos la fe solos, sino juntos, formando una gran familia, que depende de la oración, del cariño, del respeto y de la colaboración de todos; por eso tenemos que ser más activos y creativos a la hora de seguir luchando por hacer llegar a tantos de nuestros conciudadanos la realidad de que esta “gran familia”, que es la Iglesia que formamos todos, incluso aquellos que no participan habitualmente en nuestras celebraciones, es una realidad abierta y acogedora, entregada y servicial, que no tiene fronteras y no selecciona a sus miembros, sino que abre de par en par su corazón, como la puerta grande de nuestros templos, para que ninguno se quede afuera.

Todos estamos llamados a ser más creativos y proactivos; debemos implicarnos con pasión en la vida de nuestras comunidades parroquiales, de las que formamos parte desde el Bautismo, o por razones de residencia, porque, gracias a ellas, vivimos unidos a la única Iglesia que *con* Pedro y *bajo* Pedro se extiende por el mundo entero.

En los últimos años, la gran familia de la Iglesia está viviendo momentos especialmente delicados. Sin embargo, si damos una ojeada a la historia de esta Iglesia nos damos cuenta de que momentos similares, o quizás peores, ya la han sacudido hasta sus cimientos y pretendieron aniquilarla. Hoy estamos descubriendo como, por una parte, el rostro de la Iglesia se envejece, serenamente, en las personas ancianas que habitan en muchos lugares de nuestra Diócesis, pero en otros tantos descubrimos signos de juventud y de una gran vitalidad.

En nuestra Iglesia, como en toda familia, vivimos experiencias que dejan huella en nuestro corazón; nos sentimos apoyados en los demás cuando necesitamos ayuda, acompañamos a quienes lo necesitan, pedimos colaboración cuando nos hace falta, estamos pendientes unos de otros y vivimos también de manera más intensa tanto los buenos momentos como aquellos en los que el dolor, la enfermedad y la muerte de nuestros seres queridos nos hace descubrir que “somos ciudadanos del cielo”, que es tanto como decir, que somos miembros de ese innumerable Pueblo de Dios, que integrado por los mejores

hijos de la Iglesia, nos ayudan a descubrir que gracias a la Iglesia somos un grito de eternidad en el tiempo. Y eso nos ayuda a no claudicar ante nada ni nadie, sino a construir puentes de esperanza.

Todo esto, y mucho más, no seríamos capaces de vivirlo sin la colaboración de todos. Muchos, también creyentes, creen que los medios económicos que hacen viva y operativa la estructura visible de la Iglesia, tanto en medio de nuestros ciudadanos como entre las casas de los mismos fieles, provienen de subvenciones de las entidades públicas. Pero eso no es así. Sí, es cierto que, en ocasiones, las entidades públicas colaboran con la Diócesis y sus parroquias a la hora de acometer obras de restauración del patrimonio histórico-artístico; pero con sólo eso no podríamos mantener en pie la mayor parte de nuestros templos del mundo rural.

Desde hace unos años, después de laboriosos diálogos entre los representantes de la Iglesia y del Estado, se encontró la forma de la *asignación tributaria*. Cada uno de los ciudadanos, en la medida de sus posibilidades, cuando hacen su declaración de la renta, no se olvida de marcar la **X** en la casilla correspondiente de la ayuda a la Iglesia Católica; esta **X** es compatible con la de contribuir con los asuntos sociales. De este hecho tan sencillo se sigue la posibilidad de que la mayoría de las Diócesis puedan contar con un estipendio digno para el sostenimiento de sus sacerdotes, para el arreglo de los templos, el funcionamiento de los seminarios o para apoyar obras de apostolado y de solidaridad.

Desde aquí quisiera encomendar a los sacerdotes que recuerden a los fieles que no se olviden de marcar esa **X**. Gracias a este simple detalle se pueden realizar tantas cosas.

A pesar de todo, en los últimos años, ante los cambios sociopolíticos, que van más a prisa de lo que nos imaginamos, estamos esforzándonos por lograr el *autosostenimiento* de nuestras comunidades. El ejemplo que tenemos cerca es la Iglesia en Portugal. Los tiempos son complejos y la situación social nos está invitando a ir dando los pasos necesarios para crear cauces y seguir las rutas adecuadas para poner en valor nuestra Iglesia Diocesana. Para ello es imprescindible que despertemos nuestra conciencia de que la vida y la actividad de nuestras comunidades eclesiales son una tarea de todos aquellos que pertenecen a ella. Se trata de aportar nuestras pequeñas colaboraciones. Pequeñas pero constantes. Como lo que decía al principio, tan pequeñas como gotas de agua sobre la superficie de la piedra. Si unimos nuestras pequeñas aportaciones, a las de todos los demás, entonces nos daremos cuenta de que seremos capaces de conseguir los objetivos que nos proponemos.

Es necesario que los seglares sepan descubrir y exigir su responsabilidad en el seno de la Iglesia. A ellos corresponde, de manera especial, las tareas

encaminadas a la búsqueda de los recursos económicos necesarios para la autofinanciación de las parroquias. Los sacerdotes, como responsables administrativos de las comunidades cristianas a ellos encomendadas, deben ser transparentes y claros, sabiendo que cuanto mayor sea la claridad con que exponamos las cuentas y los resultados económicos de las parroquias y demás instituciones que nos han encomendado, más generosa será la respuesta de los fieles. A mayor transparencia, mayor corresponsabilidad. Si nuestros fieles no sienten el templo y las dependencias de los centros parroquiales como algo propio, sino del “cura”, no seremos capaces de superar los mínimos en los que nos encontramos en Galicia, cuando se trata de marcar la X de la casilla de asignación tributaria, ni podremos animarlos a emprender el camino de la autofinanciación de nuestras parroquias.

El camino sigue siendo largo. El proyecto es ambicioso. La finalidad de este proceso quiere acercarnos más a aquellos momentos de la primitiva comunidad cristiana, los cuales eran momentos evangélicos: los que tenían más posibilidades ayudaban a los más necesitados. De ahí que la Acción de gracias se convertía en una ocasión propicia para descubrir la fecundidad de aquellas comunidades que, desde sus muchas pobreza, también de medios, sabían descubrir y ayudar a otras comunidades más necesitadas.

Gracias a Dios en nuestra Diócesis, en los últimos años, a pesar de las dificultades económicas, hemos podido realizar algunas empresas apostólicas, gracias a la generosidad de algunas entidades eclesiales que han sido muy generosas con sus bienes. Sí, gracias, muchas gracias, muchísimas gracias por tantas cosas que recibimos en la Iglesia y de la Iglesia. De muchas de ellas somos conscientes, de otras no. Sin embargo, sabemos que siempre está ahí, porque somos una Iglesia que camina en nosotros, con nosotros y para el bien de todos.

¡Gracias por tanto!

J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

## Homilías

### Festa dos Santos Anxos da Garda Patróns da Policía Nacional

*Catedral de Ourense, 4 de outubro de 2022*

*Sr. Subdelegado do Goberno en Ourense.*

*Sr. Alcalde da cidade.*

*Sr. Delegado da Xunta de Galicia.*

*Sr. Subdelegado de Defensa.*

*Sr. Vicepresidente da Deputación Provincial.*

*Sr. Comisario Xefe da Policía Nacional.*

*Sr. Tenente Coronel da Garda Civil.*

*Autoridades civís e militares.*

*Saúdvos con cordial afecto ós homes e mulleres que formades parte do Corpo Xeral de Policía.*

*Irmás e irmáns. Queridos amigos todos:*

Neste día no que a Igrexa celebra a memoria litúrxica de san Francisco de Asís, reunímonos nesta igrexa catedral, a igrexa do Bispo e, por tanto, a igrexa de tódolos fillos e fillas de Deus que peregrinan por estas cálidas e acolledoras terras ourensás, e facémolo para celebra-la festa patronal da Policía Nacional: os Santos Anxos da Garda. A existencia destas figuras misteriosas aparece testificada xa nas primeiras páxinas da Biblia e tamén existen testemuños da súa existencia na literatura relixiosa da antigüidade. O mesmo Xesús Cristo tiña un trato cordial e próximo con estes espíritos protectores, signo do providente e amoroso coidado de Deus para coas súas criaturas, especialmente co ser humano.

É verdade que nunha sociedade coma nosa, ás veces excesivamente materialista e impregnada dun recalcitrante racionalismo,ponse en dúbida non só a existencia dos anxos, senón tamén do espírito humano e da súa supervivencia máis aló da morte. Para algúns dos nosos contemporáneos só é crible aquilo do que se pode ter unha experiencia física. Con este criterio, non só os anxos foron expulsados da realidade senón que tamén esta quedou reducida a unha pura horizontalidade sen que se poida admitir ningunha transcendencia.

Con todo, unha reflexión sobre nós mesmos, sobre o noso ser máis íntimo e o sentido das nosas accións e sentimentos axúdanos a abrir a nosa intelixencia a un mundo máis aló da simple esfera espazo-temporal. Ás veces somos remisos a aceptar esta realidade espiritual, pero se pensamos tan só nos nosos

avós, dámonos conta que todo o campo da telemática á que estamos hoxe tan afeitos e xa nos resulta imprescindible, para eles, sería coma unha creación fantástica, sen ningún fundamento na realidade; con todo, para nós é tan real coma o aire que respiramos e non vemos. A apertura da nosa intelixencia e da nosa vontade axúdanos a percibir ese *plus* na existencia que nos leva a descubrir a presenza de Deus no mundo –no cosmos, poderíamos dicir– e en todo o que nel habita. Así o fixeron os grandes homes e mulleres, os mellores fillos da Igrexa onde a humanidade atopou unha expresión da súa grandeza e da súa forza, como acontece no caso do santo que hoxe celebramos: san Francisco de Asís. Este xogar de Deus que tivo unha vida disoluta e libertina na súa mocidade, despois dunha experiencia bélica fracasada, sofre unha transformación que o amor de Deus xera na súa vida a través do descubrimento da realidade da dor e da miseria existentes nos outros e en si mesmo. Esa conversión lévao a descubri-lo rostro de Deus nos máis pobres e percibe que a natureza é un reflexo da fermosura divina. O amor de Deus transformou aquel rapaz egoísta e presumido, pagado de si mesmo nunha criatura renovada, cunha ollada transformada, convertido a Xesús de tal xeito que cando tornou humillado e vencido do campo de batalla foi capaz de darlle una aperta a un leproso e de acoller ós pobres máis pobres da contorna e con eles realizar una revolta social: una revolta provocada polo amor de Deus.

Transformado pola graza de Deus cambiou a súa maneira de mira-la realidade e compuxo o *Cántico das criaturas* a través do cal nos axuda, aínda hoxe, a eleva-lo noso espírito a ese Deus, rico en misericordia, que manifesta a súa tenrura e perdón por medio de todo aquilo que nos rodea. Cando damos cabida a Deus na nosa existencia, tamén o facemos a todo o creado, de maneira especial ó ser humano que é o único vivente creado a imaxe e semellanza de Deus. Este dinamismo amplifica a nosa mirada e fainos capaces de vivir esa fraternidade universal, de paz, de xustiza e de amor, que todos anhelamos e moito máis nestes momentos nos que unha crise de época está a afectarnos a todos dunha maneira radical por mor da aparición da violencia, dos extremismos, do individualismo e dese trashumanismo que se asoma no horizonte e que pretende destrozalo todo para construílo de novo de acordo cos seus criterios, e non de acordo co plan de Deus.

O Evanxeo de Xesús Cristo, como Boa Nova, anímanos a descubrir esa concepción harmónica da realidade que nos rodea, de tal modo que o crente no Deus verdadeiro, é capaz de percibir na súa vida ese “plus” de realidade que é o mundo do espírito. Por iso, o Evanxeo que proclamamos hoxe lémbrenos: ***Dígovolo de verdade, se non cambiades e non vos facedes coma meniños, non entraredes no Reino dos Ceos. Quen se faga pequeno coma este meniño será o mais grande no Reino dos Ceos (...)*** *Gardádevos de despre-*

*zar a un destes pequiños; asegúrovos que os seus anxos nos ceos están sempre a contempla-lo rostro de meu Pai, que está nos ceos* (Mt 18, 1-5.10).

É precisamente nese horizonte de eternidade onde, dende a perspectiva da fe, se percibe na nosa existencia a presenza deses seres espirituais que nos protexen e guían; seres ós que a tradición cristiá e oriental denominou anxos.

A festa dos Santos Anxos xa se celebraba na vella Europa no ano 800, xusto cando a realidade das peregrinacións a Compostela comezaba a atravesar a vella Hispania de sendeiros percorridos polos homes e mulleres de entón, que deixaban os seus fogares en busca desa fisterra espiritual. Hai que agardar ó século XX, de maneira especial á chegada do reinado de Alfonso XIII, para atopalo comezo da celebración da festa dos Santos Anxos como “amigos da Policía Nacional” de entón. Dende aquel momento, o Corpo Nacional de Policía acolleunos como especiais padroeiros para poder realizar a nobre tarefa que vos confía a Constitución Española de “*protexer o libre exercicio dos dereitos e liberdades e garantir a seguridade cidadá*” (art. 104). Vós sodes os que garantides coa vosa presenza, e sobre todo coa vosa actuación –en ocasións pouco recoñecida por algúns– a vida en paz dos cidadáns. Sodes garantes e custodios do benestar da sociedade, de aí pois que, para os que loitamos por ser coherentes coa fe cristiá, resulta un deber de xustiza e de exquisita caridade encomendar á poderosa intercesión dos anxos, non só as vosas persoas, senón tamén os vosos traballos e destinos e, como non, as vosas familias. Neste día da vosa festa non pode faltar o recordo vivo cara os membros do voso Corpo que atoparon a morte en acto de servizo e a todos aqueles compañeiros que, como peregrinos do Absoluto, nos precederon no signo da fe e dormen xa o sono da paz perpetua. Por eles ofrecemos esta oración de oracións que é a santa Eucaristía. E non nos esquezamos que esta é a oración que nos capacita para vivir esa fraternidade universal á que nos convida con insistencia o papa Francisco. Fraternidade que nestes intres aparece quebrada en distintos lugares da terra, de maneira especial en Ucraína.

Meus queridos irmáns e irmás: Onde non hai paz, nin respecto ós dereitos básicos do ser humanos, onde a ideoloxía e o fanatismo pretenden envolvelo todo, a vida do home e a da sociedade experimenta unha transformación de morte que, de vagar, vai aniquilando a gloria de Deus que se fai presente dun xeito especial no ser humano. Non podemos esquecer que a gloria de Deus é a vida do home, por iso, todo aquilo que atenta contra a vida do ser humano, vai contra a gloria de Deus. O devir da historia das relixións amosa que, cando desaparece da sociedade e do corazón dos homes e mulleres dun tempo a realidade de Deus, ese proceso convértese nun camiño de deshumanización do home e da natureza. E vós sodes testemuñas, co voso traballo desta realidade, sobre todo cando vos atopades coa violencia que afecta ós nenos e ós

anciáns; os frecuentes suicidios, tamén entre a xente moza; os atentados contra a liberdade dos cidadáns, ás veces envoltos en teorías libertarias; o grave deterioro do noso patrimonio histórico artístico e a destrución voluntaria da natureza. Todo o que vai en contra do home vai en contra de Deus. E cando botamos a Deus da nosa vida e non lle deixamos ningún posto na sociedade, atopámonos conque imos destruíndo o mais humano do home e da muller. Seguíde vivindo con paixón a vosa misión e estade seguros que contaredes sempre coa valiosa protección dos Santos Anxos, os vosos padroeiros.

Que a Nosa Señora, Santa María Nai, que se venera dende hai séculos nesta catedral, Ela que é Señora dos Anxos e Nai nosa, vos axude no voso camiño para seguir sendo construtores de paz, garantes da liberdade verdadeira y protectores do xenuíno progreso da nosa sociedade.

Que así sexa.

**Fiesta de la Virgen del Pilar, Madre de España**  
**Patrona de la Guardia Civil**

*Catedral de San Martiño, 12 de octubre de 2022*

*Sr. Alcalde de esta ciudad noble y generosa, cálida y acogedora que es Ourense.*

*Sr. Subdelegado del Gobierno de España en esta provincia.*

*Sr. Subdelegado de Defensa.*

*Sr. Delegado da Xunta de Galicia.*

*Sr. Vicepresidente da Diputación Provincial.*

*Sr. Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Ourense.*

*Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades aquí presentes.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor.*

*Permitidme que salude con cordial afecto a los hombres y mujeres que forman parte de la Guardia Civil en el día de su fiesta y con vosotros saludo a todos los miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado que os encontráis aquí presentes.*

*Fieles devotos de la Santísima Virgen del Pilar:*

**El Señor me ha coronado**

**Sobre la columna me ha exaltado**

Así reza el Salmo responsorial de la liturgia de este día de fiesta. *¡Sobre una columna me ha exaltado!* Celebrar en esta Catedral una fiesta de la Virgen María es un motivo de gozo espiritual. La presencia y la devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra tiene unas raíces multiseculares en nuestra patria. Desde los albores de la historia del cristianismo, la Virgen María estuvo presente en medio de los cristianos, ya en los primeros momentos de la predicación del Evangelio, en la misma ciudad de Jerusalén, *María perseveraba en la oración junto con los hermanos* (Hch 1,14); así nos lo recuerda el texto bíblico que acabamos de proclamar. Eran momentos de graves dificultades para los discípulos de Jesús y, ya allí, contaban con la presencia de María. Curiosamente, una tradición multiseular vinculada a la primera expansión del cristianismo en la vieja Hispania, nos presenta la primera aparición de María, precisamente a uno del grupo de Los Doce, al Apóstol Santiago el Mayor, y le reconforta y anima; se le muestra sobre una columna en las orillas del Ebro. *¡Tampoco eran momentos fáciles para el Apóstol!* El mensaje cristiano se resistía a entrar en la vida de aquellas gentes con el corazón enraizado en las viejas costumbres de los cultos paganos. Aquella muestra de protección y de ternura por medio de María dejó una huella profunda en Santiago y en

sus discípulos de tal modo que construyen una muy pobre y pequeña ermita en las riberas del Ebro, dedicada a la Madre de Dios. Se puede afirmar que ha sido éste el primer lugar de culto construido en honor de la Virgen María en occidente, en aquella incipiente cristiandad, que con mucha dificultad se estaba expandiendo por el mundo entero, María se hizo presente. Las crónicas nos dicen que fue el día 2 de enero del año 40. Aquella columna de jaspe, de factura romana, se convirtió como un despertador de la presencia de la Madre de Dios. Columna que todavía hoy es venerada por cientos de miles de peregrinos.

En una sociedad como la nuestra, recorrida por modas laicistas, en ocasiones excluyentes, e impregnada por la dictadura del relativismo –tal como la definía el Papa–, para algunos la devoción del Pilar no es digna de crédito; otros afirman, de forma despectiva, que es una leyenda construida por la Iglesia en el siglo XV. Sin embargo, existen testimonios documentales y arqueológicos que avalan esta tradición. Os recuerdo, sin más, el sarcófago de la mártir santa Engracia, que nos muestra esculpida en mármol un bajorrelieve en donde se puede contemplar el descenso de la Virgen María sobre el pilar y apareciéndosele a Santiago y a un grupo de discípulos. Este bloque de mármol está datado por los especialistas en el siglo IV.

A pesar de todo esto, vivimos en unas circunstancias histórico-sociales en donde podemos comprobar cómo muchos de nuestros conciudadanos, casi de una forma visceral, cuasi dogmática, creen en una serie de relatos o construcciones históricas que falsean la realidad. Construcciones ideológicas que generan división y enfrentamiento. En cambio, todo aquello que se apoya en la tradición y en la cultura multiseular de los pueblos, en ocasiones, resulta rechazado. Se han instalado en lo que se ha venido en llamar la *postverdad*, y nada ni nadie les hace cambiar ni un ápice de sus postulados, es más, su dinámica está enraizada en la praxis más recalcitrante del idealismo del siglo XIX que se apoya en el clásico aforismo hegeliano: *si la realidad no se adecúa a la idea, peor para la realidad. Lo que importa es la idea*. Ya el papa Francisco decía que *la realidad es más importante que la idea*. Ante esta insistencia por parte de algunos ciudadanos nos preguntamos, ¿cuál es la causa que puede justificar semejante postura tan falta de racionalidad? Por otra parte, si vivimos y aceptamos, pacíficamente, un sano laicismo, del que ya nos hablaba el papa Benedicto XVI, idea que fue asumida por algunos gobernantes europeos, ¿cómo es posible esa situación tan radical que percibimos en las manifestaciones de algunos de nuestros gobernantes, tanto contra el hecho religioso del Pilar como sobre la idea de la Evangelización del Nuevo Mundo, y acerca de esa gran obra realizada por nuestros antepasados que desde hace tiempo inmemorial llamamos Hispanidad?.

Hermanos míos: el hecho mariano que arranca de la veneración a aquella columna fue construyendo un templo, y en torno a él una pequeña comunidad cristiana que con el tiempo se fue expandiendo. Donde está María, “Arca de la Alianza” de Dios con los hombres, aquel lugar se convierte en un centro de donde brota un fuerte dinamismo de conversión, paz, unidad y fraternidad. Lo descubrimos en Guadalupe, Lourdes, Fátima, etc. La historia del templo del Pilar *no es un relato del franquismo*. Antes mencionábamos un sarcófago de factura romana, del siglo IV; pero también sabemos que en el subsuelo de la basílica actual se encuentra la estructura de un templo primitivo del siglo IX. Ya entonces existía allí una iglesia mozárabe dedicada a la Virgen. Casi con certeza, mucho antes, ya también existió otro templo todavía más humilde y pobre. Aquella iglesia era una construcción similar a la que todavía conservamos en nuestra tierra: ***Santa Comba de Bande, o en Santa Eufemia de Ambía***.

Con el transcurso del tiempo aquella realidad fue creciendo; pero en medio de las graves vicisitudes, como fueron las invasiones de pueblos extranjeros que arrasaron todo lo que encontraron –como hicieron en dos ocasiones con los templos anteriores a esta catedral–, a pesar de las destrucciones que ha experimentado el Pilar, primero los reyes de Aragón y posteriormente los reyes de España, ayudados por lo que hoy denominaríamos la sociedad civil, fieles y devotos de la Virgen, junto con los ejércitos, y otras instituciones fueron reconstruyendo los edificios, destruidos bien por los acontecimientos bélicos o por la pobreza material y la pequeñez de los mismos, hasta levantar el magnífico templo barroco que, desde 2007 es uno de los *12 Tesoros de España*.

En un antiguo pergamino en el que aparece la imagen de la Virgen del Pilar, rodeada por el Apóstol Santiago, un grupo de discípulos y el Rey de la vieja Hispania de aquel momento, se encuentra una leyenda en donde se lee: *Siendo a mis Reyes guía*. El rey Don Fernando de Aragón, esposo de Isabel la Católica, en un escrito dirigido a los reinos europeos les decía que *ninguno de los católicos de Occidente ignora que en la ciudad de Zaragoza hay un templo de admirable devoción sagrada y antiquísima dedicado a Santa María del Pilar*. Este es un pergamino del siglo XV, que recoge testimonios de mayor antigüedad.

Las raíces cristianas de nuestro pueblo es una realidad que se puede constatar por los insignes monumentos que hablan de nuestra primera y temprana evangelización. Estamos reunidos en una de las catedrales más significativas, no solo por su antigüedad y belleza, sino porque es heredera de un primitivo templo, mucho más pequeño, curiosamente, también dedicado a Santa María Nai. No podemos caer en las simples interpretaciones de la historia a la que nos quieren acostumbrar algunos expertos en la manipulación de las antiguas

raíces de nuestra fe. La fiesta del Pilar no es de hace cuarenta años, ya en 1297 la bula del papa Bonifacio VIII y dos años más tarde, en la declaración de los Jurados de la ciudad de Zaragoza, ya se habla de la advocación secular de Santa María del Pilar.

Fue el papa Pio VII quien en 1807, a ruego de las autoridades y del pueblo español, concedió la categoría de fiesta religiosa obligatoria en España y, posteriormente, el papa Pio XII otorgó a todas las naciones Hispanoamericanas la posibilidad de celebrar la misma Misa que se celebraba en España.

Hermanas y hermanos: este año recuperamos la celebración de la fiesta del Pilar, después de haber vivido una experiencia, para nosotros única, de una pandemia que nos ha confinado en nuestros hogares y, por el bien de todos, habiendo tenido que observar una serie de medidas que nos han llevado a un cierto distanciamiento personal. Hoy, bajo la mirada de la Señora del Pilar, estamos viviendo con cierta inquietud la evolución crítica de la guerra en el corazón de la vieja Europa y las amenazas que cada día nos llegan a través de los medios de comunicación; ante esta situación os recuerdo que, en medio de las tribulaciones del momento y de los consuelos de Dios, como afirmaba San Agustín, el Señor de la Historia siempre nos acompaña y, a través de su Madre, Reina de la Paz, no nos abandonará.

También estamos viviendo graves dificultades que nos afectan a todos los hombres y mujeres que vivimos en esta antiquísima nación. Nos duelen y preocupan las dolorosas situaciones con las que nos encontramos y a las que vosotros, hombres y mujeres de la Benemérita, os esforzáis cotidianamente por darles una solución justa y pacífica. Que, en medio de estas circunstancias, en las que en ocasiones pelagra vuestra propia existencia, os proteja y ayude la Virgen del Pilar, vuestra celestial patrona. Que en medio de la adversidad nos llenen de paz y de esperanza las palabras que el papa Francisco pronunciaba hace unos meses, y yo me permito hacer mías: *¡Tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús (...)* Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro de nuestra existencia. La esperanza que se apoya en Dios no falla ni defrauda. Es eterna. Bajo el manto protector de Santa María Señora del Pilar sabemos que no nos perderemos, de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitamos.

Pidamos a Dios nuestro Padre, por medio de María, y *hagámoslo con la esperanza de que nos escuchen los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y dirijámonos a todos nuestros conciudadanos, con la certeza de que Dios nos ayuda.* Como cristianos tenemos que luchar por ser un motivo de optimismo para los demás, y de una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno y en la situación en la que nos encontremos. No queremos ser una

esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. Recordad aquel texto del Evangelio: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12,24), esto ha dicho y ha hecho Jesús, el Hijo de Santa María, que siempre nos precede con su amor. Cuando pasamos por alguna cruz, Él ya ha pasado antes. De este modo, ya no subimos solos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido Él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarse con nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llenarnos de luz.

La Virgen del Pilar ejerce el patronazgo sobre varias instituciones. Sin embargo, la más representativa para nuestro pueblo es la Guardia Civil. Cuando aquel capellán, D. Miguel Moreno, de la primera escuela de guardias civiles en Valdemoro, colocó en la capilla de la escuela la pequeña imagen de la Pilarica con el fin de introducir la devoción a la Virgen en los jóvenes guardias, no era consciente de la trascendencia que aquel hecho tan sencillo iba a tener. De ahí que, por una disposición recogida en el Boletín Oficial del Cuerpo de la Guardia Civil, con fecha del 24 de septiembre de 1864, se nombró a la Virgen del Pilar patrona de aquel centro de formación de los jóvenes guardias y, el 7 de enero de 1913, el Director General del Cuerpo solicitó al Rey Alfonso XIII que fuese proclamada la Virgen del Pilar como patrona de la Guardia Civil, hecho que aconteció el 8 de febrero de 1913. Durante más de un siglo, esa pequeña imagen os acompaña por todos los pueblos de España.

Vosotros, hombres y mujeres de la Guardia Civil, a pesar de cumplir escrupulosamente con las normas de vuestra Institución, seguro que siempre lleváis la imagen del Pilar en vuestros corazones, porque sabéis que os protege y os acompaña como Madre en medio de las labores que os encomiendan para que el orden constitucional sea cumplido, las leyes justas sean observadas, nuestros montes no sean quemados y los ciudadanos podamos desempeñar nuestros cometidos libre y pacíficamente. Ella como madre está y estará siempre con vosotros.

San Juan Pablo II, en su visita a Zaragoza, el 6 de noviembre de 1982, terminó la hermosa y larga homilía de ese día con esta oración, que sigue siendo muy actual y que repito con frecuencia. Que sus últimas palabras sean también los deseos que todos llevamos en estos días en nuestros corazones:

*En tu corazón dejo los anhelos de quienes,  
mediante los quehaceres económicos,  
procuran honradamente la prosperidad de sus hermanos;  
de quienes, al servicio de la verdad,  
informan y forman rectamente la opinión pública;  
de cuantos, en la política, en la milicia,*

*en las labores sindicales o en el servicio del orden ciudadano,  
prestan su colaboración honesta  
en favor de una justa, pacífica y segura convivencia.*

*Virgen Santa del Pilar:*

*Aumenta nuestra fe,  
consolida nuestra esperanza,  
aviva nuestra caridad.*

*Socorre a los que padecen desgracias,  
a los que sufren soledad, ignorancia,  
hambre o falta de trabajo.*

*Fortalece a los débiles en la fe.*

*Fomenta en los jóvenes la disponibilidad  
para una entrega plena a Dios.*

*Protege a España entera y a sus pueblos,  
a sus hombres y mujeres.*

*Y asiste maternalmente, oh María,  
a cuantos te invocan como Patrona de la Hispanidad.*

*Así sea.*

*Y nosotros añadimos: Protege a los hombres y mujeres de la Guardia Civil  
de quienes eres su celestial patrona.*

*Que así sea.*

## Homilía na festa de San Martiño de Tours

*Catedral-Basilica, 11 de noviembre de 2022*

*Saúdo ó Excmo. Cabido Catedralicio e agradézolle-la acollida e preparación desta celebración do día da festa do noso Patrón no rito Hispano-Mozárabe.*

*Ós señores Arciprestes e sacerdotes que nos acompañan nesta concelebración.*

*Ós Seminaristas e membros da vida consagrada.*

*Excmo. Sr. Oferente. Alcalde-Presidente do Concello desta leal, xenerosa, cálida e acolledora cidade de Ourense.*

*Excmas. e Ilustrísimas Autoridades.*

*Saúdo con afecto agradecido ós membros da Asociación de Amigos da Catedral de Ourense.*

*Ós representantes doutras entidades cívicas aquí presentes.*

*Irmáns e irmás. Benqueridos amigos todos:*

Facendo meus os sentimentos expresados na primeira lectura (Ecl 51,1-4) desta celebración litúrxica en rito Hispano-Mozárabe, palabras que se poden apropiari a san Martiño, dicimos: *Douche grazas, Señor e Rei, lóote, oh Deus meu salvador, ó teu nome dou grazas. Porque fúche-lo meu protector e o meu auxilio.* Sí, hoxe damos grazas a Deus porque nos concedeu como protector e auxilio deste pobo e das súas xentes a Martiño de Tours.

Dende o século VI venérase aquí ó que denominamos “santo da misericordia”. Grazas á mediación daquel gran pastor, evanxelizador do pobo suevo, o Dumense, tamén chamado Martiño, o templo primitivo desta cidade que estaba adicado a Santa María Nai, por desexo agradecido do rei suevo Carriarico, dedicóuselle a este pastor das Galias –a actual Francia– e, dende aquel momento esta Catedral, a través das diversas vicisitudes que tivo que vivir ó longo da súa xa secular historia, seguiu mantendo este título, sendo esta a única sede catedralicia en España adicada a San Martiño de Tours. Nela celebrouse a Eucaristía dende os seculos VI–VII ata o século XI.

Aquel mozo militar, ó servizo do emperador do decadente Imperio Romano de Occidente do século IV, viuse fascinado pola vida e o comportamento dos cristiáns do seu tempo. Que importante é o testemuño auténtico dos crenentes; que razón tiña san Paulo VI ó dicir que «*o home contemporáneo escoita máis a gusto ós que dan testemuño que ós que ensinan, ou se escoitan ós que ensinan, é porque dan testemuño*». O testemuño daqueles cristiáns fixo daquel novo soldado do emperador, un soldado de Cristo, que o converteu en líder dun pobo que camiñaba ás escuras, coma ovellas sen pastor. Por iso, a mensaxe de san Martiño segue a ser actual, e coas mesmas palabras do

Apóstolo Paulo ó seu discípulo Timoteo, dinos: *Combate o bo combate da fe* (1Tim 6,11-14). Na nosa sociedade estamos a vivir unha especie de apostasía silenciosa da fe cristiá. Descóbrese aquí e alá signos de conivencia con outras formas relixiosas, que en sí son respectables, pero atopámonos con que ata os mesmos crentes buscan nelas o que non foron capaces de atopar no cristianismo. Martiño de Tours soubo mante-la fe dos fieis, no medio daquela sociedade paganizada, coa coherencia da súa vida e coa maneira de expoñer a mensaxe de Xesús. O noso santo Patrón díno-lo mesmo que escoitamos na segunda lectura: *Busca a xustiza, a piedade, a fe, o amor, a paciencia, a mansedume (...) conquista a vida eterna.*

Esta é una ensinanza que non pasa: conquista-la vida eterna.

Señor Alcalde-Oferente: dende esta perspectiva acollémo-las palabras da súa invocación e somos conscientes de que nesta sociedade globalizada non podemos vivir á marxe do que está a acontecer no noso mundo e, de maneira especial, na vella Europa. Quen nos ía a dicir que, despois de se-lo escenario de dúas guerra mundiais, das dolorosas experiencias dos campos de concentración e dos gulags, das graves crises humanitarias e económicas que se sufriu, íámonos atopar nunha especie de antesala desa *nova guerra mundial por etapas* como xa a define o papa Francisco e que, como díxo o Sr. Oferente, parecen *pantasma do pasado que volven en forma de pesadelo, inusitado prólogo de traxedias maiores.*

O horizonte cara ó que nos están a dirixir eses “homes da guerra” é o daqueles que non quixeron escoitar a aquel gran profeta que foi san Xoán Paulo II que, hai corenta anos, na súa visita a Galicia, dicía dende Compostela: *“Eu, Bispo de Roma e Pastor da Igrexa universal, dende Santiago, lánzoche, vella Europa, un berro cheo de amor: Volve atoparte. Se ti mesma. Descubre as túas orixes”*.

Moi estimado Sr. Oferente: sabemos ben que o auténtico progreso dos pobos e das súas xentes non está só en ter moito para gastar moito, senón en ser auténticos, ser máis e mellores cidadáns, homes e mulleres construtores de ben, desa civilización de paz e de amor. Pero todo iso, é moi difícil se non somos capaces de descubrir que a forza que temos nos vén prestada, que só Deus no corazón dos seres humanos, un Deus de vivos e non de mortos, só El pode se-lo garante deses grandes proxectos que nos fan auténticamente libres. Por iso non podemos esquecer que os chamados Pais da Europa Unida eran todos crentes. Non todo se pode reducir a razón económica, cando faltan os auténticos valores o proxecto común crola.

Por iso, neste día da festa do Señor San Martiño, queremos presentarlle os desexos manifestados polo Sr. Oferente:

Que sexamos unha sociedade solidaria con quen menos ten, abertos a to-

dos e acolledores cos irmás que veñen á nosa terra na busca de paz, de liberdade e de traballo. Temos entre nós moitos colectivos de emigrantes. O noso pobo tamén o foi no seu día e moitos somos e estamos vinculados con tantas persoas que foron emigrantes en países lonxanos. Sexamos acolledores coma san Martiño. Pidamos para que os que nos gobernan a tódolos niveis busquen e procuren dar solución ós problemas reais da xente e non se entreteñan en construír enxeñerías legais que non son auténticamente liberadoras senón que pechan en sí traxedias vitais, cuxas consecuencias non é doado predicir.

Que san Martiño, o santo da misericordia, nos axude a abri-lo noso corazón e nos converta neses auténticos cidadáns nos que se potencia o diálogo, o respecto a todos, á procura de acordos para o ben común. De maneira especial, quixera termina-las miñas palabras suplicándolle ó noso patrón que axude ós nosos nenos e mozos, que faga medrar neles o verdadeiro sentido da vida e do amor. Polas familias, especialmente por aquelas que sufriron a perda dos seus seres queridos como consecuencia da COVID, da enfermidade, de tantos accidentes. O Sr. Oferente pediu dunha maneira concreta por Manu, o mozo que hai unhas semanas atopou a morte nun desafortunado accidente no ámbito escolar; neste mozo queremos lembrar ante o bo Deus tantas vidas truncadas case ó comezo do camiño.

Pidamos, tamén, polos sacerdotes e os axentes de pastoral que se achegan a ese mundo rural que se nos está a baleirar de vida; que Deus nos conceda vocacións para a vida sacerdotal e para a vida consagrada. Señor San Martiño, protexe a este pobo, a esta cidade e ós seus habitantes, á nosa querida Diocese para que sexa fiel ás súas raíces cristiás e que poida ser construtora dunha esperanza que alegre a tantos homes e mulleres do noso pobo que buscan o rostro de Deus.

Que así sexa.

## Escritos

### Discípulos al servicio de la misión

El camino misionero de la parroquia se confía a la responsabilidad de toda la comunidad cristiana. Singularmente y juntos, cada uno es responsable del Evangelio según el don que Dios le ha dado y el servicio que la Iglesia le ha confiado. Sin embargo, el papel del sacerdote es insustituible; es más, en nuestra Iglesia, la parroquia deja de ser si le falta la presencia del sacerdote. Se confirma así la importante misión del *sacerdote* en la renovación misionera de la parroquia. Estamos convencidos de que la renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella, y esto sólo se puede llevar a cabo si el presbítero se esfuerza por ser un auténtico discípulo de Jesucristo, porque *sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Pero, al mismo tiempo, debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración*[1].

En la actualidad estamos viviendo una situación preocupante al encontrarnos con sacerdotes generosos y entregados que han visto multiplicados sus esfuerzos y tareas, muchas veces cansados y desalentados por la falta de respuestas de los fieles, con mil ocupaciones, sin calma y con escaso sosiego para cuidar dimensiones fundamentales en su ministerio. Es necesario crear y potenciar espacios de interioridad y contextos de relaciones humanas y fraternas [2].

En este sentido, necesitamos seguir insistiendo en la búsqueda de todas las ocasiones de vida de comunión y fraternidad presbiteral, así como más iniciativas de formación permanente para sostener la espiritualidad y la competencia ministerial. Es necesario afirmar, en honor a la verdad, que en nuestra Diócesis todo ello se ha potenciado y cuidado con esmero desde hace tiempo, y se sigue insistiendo en este proceso. Pero, como hijos de esta época todos nos vemos afectados por esta cultura globalizada que nos envuelve por todos los lados y, si no nos cuidamos, el dinamismo y la fuerza que ésta tiene puede condicionarnos, limitarnos e incluso enfermarnos. De ahí que sea imprescindible un cambio en el ejercicio del ministerio presbiteral. Se ha terminado la época de la parroquia autónoma, también ha pasado el tiempo del párroco que vive su ministerio de forma aislada; se ha superado la parroquia que se limita al cuidado de los creyentes y de los cristianos “del umbral” (cfr. Mt 18, 12-14). El ministerio presbiteral tiene que ser repensado bajo ese espíritu de servicio comunitario a todos.

Los sacerdotes tendrán que entenderse cada vez más como miembros de un Presbiterio y dentro de una sinfonía de ministerios e iniciativas: en la pa-

roquia, en la Diócesis y en sus articulaciones. El párroco será menos el hombre del hacer y de la intervención directa y deberá esforzarse más por ser el hombre de la comunión; para ello tendrá que ocuparse de promover vocaciones laicales, que estén abiertas a acoger los ministerios y carismas. Su pasión fundamental será hacer pasar los carismas, que puedan existir en la comunidad, de la colaboración a la corresponsabilidad. Sólo desde este contexto se pueden repensar unos criterios adecuados para la correcta redistribución del clero y así será posible realizar una valoración de las competencias, un ahorro en los recursos humanos y un reequilibrio de las cargas de trabajo. La reflexión sinodal que se ha realizado, tanto la diocesana como para el sínodo de la sinodalidad, nos ha dejado una afirmación que ha brotado de los laicos y que no podemos soslayar. Así se recogía en la síntesis de los trabajos: *Somos conscientes del papel imprescindible de los sacerdotes en la vivencia y celebración de la fe, singularmente en la Eucaristía y el Perdón, así como en la animación y edificación de la comunidad. Por eso nos duele particularmente la falta de entusiasmo de una parte muy relevante de los sacerdotes de las distintas comunidades locales y nuestra falta de eficacia como comunidad a la hora de acompañarlos en la vivencia de su vocación* [3].

La misionariedad de la parroquia exige, al mismo tiempo, que los espacios de la pastoral se abran también a nuevas figuras ministeriales. Figuras nuevas al servicio de la parroquia misionera: en el ámbito catequético, litúrgico, en la animación caritativa y en la pastoral familiar y con jóvenes [4]. Todo ello impulsará una comunidad parroquial menos clericalizada y más abierta a los dones del Espíritu.

El cuidado y la formación del *laicado* representan un empeño urgente para actuar desde la óptica de la “pastoral integrada”. La Iglesia no necesita profesionales de la pastoral, pero sí personas competentes que desarrollen un servicio acompañado con un estilo de vida evangélico.

Una parroquia que valora los dones del Señor para la evangelización no puede olvidar la *vida consagrada* y su papel excepcional en el testimonio del Evangelio. No se trata de pedir a los consagrados cosas para hacer, sino sobre todo que ellos sean lo que el carisma de cada instituto representa para la Iglesia y desde ahí puedan manifestar la cara multicolor de una familia cristiana llena de dones y bendiciones. Toda parroquia debe dar espacio a las distintas formas de vida consagrada.

---

## NOTAS

- [1] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Discípulos y Misioneros*, Aparecida, 13-31 de 2007, n. 201.

- [2] Cfr. EG 77.
- [3] Cfr. *Síntesis sobre la fase diocesana del Sínodo sobre la Sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España*, Madrid, 11 de junio de 2022.
- [4] En este sentido es bueno recordar el espíritu de los dos *motu proprio* del papa Francisco, *Spiritus Domini* y *Antiquum ministerium* (2021), sobre los ministerios del Lectorado, Acolitado y Catequista que se puede conferir a los laicos, ya sean varones o mujeres.

## Los difuntos: de *Halloween* a *Holywins*

A comienzos del mes de noviembre, de manera especial en el ámbito de la cultura occidental cristiana, se tiene un recuerdo especial para con los difuntos. Es esta una realidad que nos afecta a todos, sea cual sea nuestra opción ideológica, política y religiosa, porque el morir del ser humano es un acontecimiento que tiene la particularidad de convertirse en un acontecimiento nivelador, porque todos, independientemente de cual sea su posición social, o su cuenta corriente, ya sean jóvenes o ancianos, todos nos moriremos. Todos llevamos en nuestra existencia la semilla de la muerte, querámoslo o no.

A pesar de la influencia de las costumbres americanas que también han llegado a nuestra sociedad, como es el fenómeno del *Halloween*, durante estos días se sigue acudiendo a nuestros cementerios. La costumbre de limpiar, adornar e iluminar las tumbas del camposanto que, en la geografía ourensana, casi siempre rodean el templo parroquial o una capilla de especial importancia, sigue manteniéndose viva, a pesar de las fuertes tendencias secularizadoras.

Sin embargo, casi sin darnos cuenta, como impuesta subrepticamente por los grandes almacenes, que casi siempre buscan sus intereses económicos, la Fiesta de Todos los Santos y la Conmemoración de los Fieles Difuntos, viene precedida por unas vísperas especiales en donde el horror, casi podríamos decir, “lo carnavalesco”, ha entrado en nuestro entramado cultural y también en los colegios –incluso en los de inspiración católica– a los que le ha faltado la capacidad para reaccionar de forma propositiva a esta invasión “cultural” proveniente de otras latitudes, en torno a la cual se mueve una gran cantidad de ingresos económicos. Celebrar *Halloween* (vísperas de Todos los Santos) se ha convertido ya en un elemento imprescindible dentro de la programación cultural ordinaria de nuestros concellos, de asociaciones culturales ¡hasta de residencias de personas mayores! Niños, ancianos y personas maduras se disfrazan de mil formas cada cual más horrorosa. Da la sensación de que se pretende enmascarar la verdad de la muerte tras estas manifestaciones grotescas.

Ante esta situación me hago esta pregunta: ¿cómo es posible que en una sociedad de progreso como la nuestra, en donde prima la cultura del bienestar y un elevado nivel de desarrollo tecnológico, se hayan abierto las puertas a estas manifestaciones esperpénticas acerca de una realidad tan seria como el morir humano?

Poco después del *Halloween* se potenció en nuestra geografía gallega el *Samain*, que según algunos estudiosos es una de las festividades paganas de origen celta que se celebraba en la vieja Europa precristiana. Desde el punto de vista de la fenomenología del hecho religioso, esta celebración resulta más interesante que la importada de los EEUU, porque con ella se significaba el fin de las cosechas, el fin del verano y el comienzo de la estación oscura –ya

que el día cedía su protagonismo a la noche— y, como toda “fiesta de transición”, venía a simbolizar el paso de un año a otro, o también, el tránsito de este mundo al otro, o la fiesta de los muertos. A pesar de todo, tanto la una como la otra son manifestaciones que encierran en sí un grave problema de fondo. Suponen una vuelta a periodos anteriores a la evangelización cristiana, o lo que es peor, convertir la muerte en un producto de rentabilidad.

En los últimos lustros, desde el mundo cristiano, siendo conscientes de este fuerte reto cultural, sobre todo procedente del catolicismo francés, se ha propuesto, como una alternativa, la fiesta de *Holywins*. Este término es, en realidad, un juego de palabras que quiere emular al *Halloween*, pero que le da un sentido totalmente diferente. Si con este último se pretende celebrar las vísperas de Todos los Santos, en donde se desnuda a esta fiesta de todo sentido cristiano y parece que se exalta lo monstruoso o bien todo aquello relacionado con el mundo ficticio del vampirismo, de los muertos vivos, de los *zombies*, con el *Holywins* se quiere significar que “la santidad vence” y se propone a todos, en especial a los niños y jóvenes, que se disfracen de aquellos santos a los que le profesan especial devoción. Podiéramos afirmar que lo esperpéntico cede su puesto a otra realidad más positiva.

Yo quisiera hacer llegar, a los que lean estas líneas, que la irrupción del cristianismo en el mundo occidental ha generado una fuerte revolución cultural y, hasta cierto punto, una transformación ideológica. Con su dinamismo no arrasó lo que encontró delante sino que lo fue iluminando gracias a la fuerte energía vital que procedía de un acontecimiento fundamental: Jesucristo. Ese Dios con nosotros que asumió la “carnalidad humana”, haciéndose presencia en el mundo para transformarlo desde dentro. En la historia de Jesucristo, su pasión, muerte y resurrección se convirtió en el acontecimiento central de la historia humana transformándola en “Historia de la salvación” de Dios con la humanidad y, por consiguiente, en el hecho que da sentido a toda existencia humana. En este Jesús se nos manifiesta que Dios es un “Dios de vivos” y no de muertos. Por eso, la muerte corporal es el último obstáculo que todo hombre debe vencer para ser plenamente libre; esta idea la repetía con fuerza san Pablo cuando afirmaba “que el último enemigo en ser destruido será la muerte” (1 Cor 15, 26). Para los creyentes, con la resurrección histórica de Cristo, “la muerte ha sido absorbida por la victoria”, de ahí que la fe en la resurrección de Jesús es garantía de una nueva vida en esos “cielos nuevos y en una nueva tierra”.

Si el mensaje de la resurrección de Cristo es alterado, malinterpretado o desconfigurado, como observamos a través de estas manifestaciones que parecen retrotraernos a épocas pretéritas y a mundos irreales y fantásticos, entonces nos puede pasar lo mismo que decía el Apóstol a los de su tiempo: si la

esperanza en la vida eterna que surge de la resurrección de Cristo se oscureciera o se disipara, ya no podríamos llamarnos en verdad cristianos. Nuestros mayores creían y esperaban, a su manera, en la resurrección de los muertos, de ahí que depositaran los cuerpos de sus seres queridos en el cementerio, que significa lugar en donde se duerme a la espera de ese dulce despertar; o bien en torno al templo parroquial, que era la casa en donde habitaba el mejor amigo de toda la parroquia, Jesucristo. Esta fe los ha llevado a ser constructores de templos, grandes edificios para atender a enfermos y peregrinos, llenaron la geografía gallega de iglesias, ermitas y santuarios; pero lo más importante es que supieron encarnar en su existencia los valores eternos, que brotaban del Evangelio, valores y principios que les hicieron hombres y mujeres fuertes, llenos de esperanza y de optimismo, fecundos y laboriosos. Por eso, cuando colocamos flores –que son una sonrisa de Dios– sobre sus sepulcros, no sólo los recordamos sino que esperamos encontrarnos con ellos en la Vida que no tiene fin, y que existe, como existe el Dios bueno que nos ha creado por amor, nos acompaña con amor misericordioso –a pesar de las cruces y de los dolores del camino–, y nos llena de esperanza en la vida eterna.

## Presentación da BIBLIA en galego

*Sala “Marcos Valcárcel”. Ourense, 8 de novembro de 2022*

Agradezo á Sociedade de Estudos, Publicacións e Traballos, SEPT que me teña convidado á presentación desta 4ª edición da Biblia en galego, edición que foi supervisada polo meu benquerido amigo, compañeiro e profesor o Dr. Fernández Lago. Se este texto xa ten valor en si mesmo, o feito de que estea supervisado por D. Xosé Fernández Lago, especialista acreditado en materia bíblica, avalado pola súa preparación escriturística, polos seus moitos anos de docencia e polo rigor co que sempre leva a cabo os seus traballos é un garante de que o texto que temos nas nosas mans sexa un traballo de calidade literaria, científica e fiel ás linguas orixinais.

É o meu desexo, como Bispo Delegado dos Bispos de Galicia para a Liturgia, que esta Biblia poida ser aprobada como texto oficial que nos sirva para a edición revisada dos leccionarios litúrxicos e os rituais dos sacramentos en lingua galega, tarefa na que estamos embarcados nestes momentos e na que o profesor Lago nos está a axudar moito. O mesmo digo de D. Valentín, Secretario Xeral de Política Lingüística da Xunta de Galicia.

Nestes momentos veñen ó meu recordo aquelas fermosas palabras que nos dirixira o Concilio Vaticano II, na Constitución “*Dei Verbum*” sobre a Sagrada Escritura; como sabedes este documento foi publicado o 18 de novembro de 1965 –fixo setenta e cinco anos hai uns días– pero aínda que este documento é vello segue a posuír unha perenne actualidade. Nel “*recoméndase insistentemente a tódolos fieis, a lectura da Escritura para que adquiramos a ciencia suprema de Xesús Cristo, pois descoñece-la Escritura é descoñecer a Cristo*” (DV 25). Grazas a este libro que hoxe poñen nas nosas mans, revisado e corrixido, pódese realizar esa dinámica excepcional que nos enriquece a todos, xa que coa súa lectura asidua podemos realizar ese enriquecedor diálogo con Deus, porque non podemos esquecer aquilo que outro gran coñecedor da Biblia nos ensinou, que foi san Ambrosio de Milán, “*a Deus falamos cando oramos, a Deus escoitamos cando lemos as súas palabras*”, e estas palabras están contidas neste libro, ou mellor, nesta biblioteca que debe chegar a ser un libro de cabeceira para todo home e muller de boa vontade que queira ser un cidadán cunha cultura universal e aberta.

A presentación da Biblia en galego débese converter nunha ocasión para preguntarnos se este libro tan especial seguímo-lo a considerar como un libro sagrado –entendendo este concepto de sagrado no seu sentido máis pexorativo– e, polo tanto, si é sagrado, como dicía aquela persoa que se tiña por sabida, mellor non tocalo; ou ben se é un libro que forma parte da nosa vida

cotiá, da nosa historia, da nosa cultura persoal; un libro que nos define como crentes no Deus da revelación cristiá.

A pesar de vivir nun mundo secularizado, non é infrecuente, nalgún hotel da Europa Central, atopar na mesa de noite de cada habitación un exemplar da Biblia. Facemos iso tamén nós? É a Biblia o noso libro de cabeceira?

Gracias por esta oportunidade que me ofreceron, e se nalgo puiden colaborar foi gracias a un dos sacerdotes desta Diocese que me propuxo presentar a Biblia na Asemblea dos Arciprestes e Delegados Episcopais da Diocese de Ourense e, persoalmente, pareceume máis convinte darlle un sentido máis amplo e que este acto puidese chegar a toda a cidadanía, xa que a Biblia non é un libro exclusivo dos clérigos, senón de todos e para todos.

Moitas grazas e os meus parabéns por esta 4ª edición da Biblia en galego para todos aqueles que fixeron posible este proxecto.

La Iglesia es una gran familia

En las circunstancias históricas en las que nos encontramos, siempre apremiados por las prisas, sintiéndonos en ocasiones como individuos de un cosmos de soledades, con noticias que a cada instante solapan las anteriores, la mayor parte de las veces la Iglesia se nos muestra como una noticia más, a veces negativa, que sólo nos afecta epidérmicamente. Sin embargo, cuando queremos acercarnos al rostro vivo y auténtico de la Iglesia, recurrimos a una imagen cargada de riqueza y verdad, que encierra en sí un sentimiento profundo de vida, de amor, de entrega, de generosidad: **la *Iglesia es una familia, una gran familia.***

Si percibimos a la Iglesia como esa gran familia, ese “hogar” de hogares, nos damos cuenta de que sólo así la podemos entender como algo nuestro. En medio en tantos mensajes negativos y llenos de contrastes no es fácil percibirla de este modo. En realidad, ése es el auténtico sentido de la Iglesia, que contrasta con “lo institucional”, pero que se nos muestra como esa conjunción de inteligencias y voluntades que han sido ganadas por la vida y el mensaje de Jesucristo. Si descubrimos de este modo el verdadero rostro de la Iglesia entonces nos daremos cuenta de que todo aquello que le afecta, tanto bueno como malo, es algo que tiene una fuerte incidencia en nuestra vida. La Iglesia que Jesús, el Resucitado, confió a Pedro y a los demás Apóstoles, digan lo que digan, no es eso que nos presentan; es siempre una realidad más viva y comprometida que va más allá de las apariencias y de las sutilezas de ciertos mensajes que pretenden socavarla o convertirla en algo irrelevante en medio del devenir de nuestra sociedad.

La Iglesia es y debe sentirse como una gran familia a la que tengo la suerte de pertenecer y, sin ella, toda mi existencia estaría avocada al sinsentido. De ahí los duros cambios experimentados por tantas personas que al perder su

referencia a la Iglesia y alejarse de esa “gran familia” perdieron incluso su relación con Jesucristo, como el Dios eternamente vivo, que está siempre buscando ocasiones para encontrarse con nosotros y manifestarnos su amor misericordioso.

No podemos dejar que se apague en nuestro corazón el auténtico sentido de la Iglesia como “gran familia” porque, si esto acontece, se extinguirán las muchas realidades que nos superan y son clave para nuestro sentido de eternidad. Cuando contemplamos los testimonios histórico-artísticos de la vida de la Iglesia, nos damos cuenta que son realidades que han superado lo efímero del tiempo del que dispusieron aquellos que nos han precedido en el don de la vida y de la fe; de hecho, en medio de las dificultades del momento, con muchísimos menos medios materiales que nosotros, nos los han legado como testigos elocuentes de su historia de generosidad y, sobre todo, de su fe.

Sentir la Iglesia como una gran familia, y sentirla como algo propio, siempre supone acoger sus necesidades y proyectos, y asumirlos como una tarea a realizar. Pero no nos olvidemos que para sacar adelante este gran proyecto de Jesús, con sus luces y sombras, es necesaria nuestra colaboración y ayuda. No sólo la afectiva, sino también la efectiva, porque sólo así se podrá realizar como una gran familia que acoge bajo “sus alas” a todos sin pedir a nadie ningún documento de referencia. Ayudar a la Iglesia en sus necesidades, y colaborar con ella en sus múltiples tareas, es una acción que nos hace sentir: hijos, hermanos, padres, miembros de esta “gran familia”.

## La Luz de la Navidad

Nuestros pueblos, villas y ciudad, en las últimas semanas, se han vestido de luces. Parece que se acercan las Navidades. Si nos dejamos llevar por los sentidos nos damos cuenta de que podemos deducir que se acercan unas fiestas llenas de luz. Esta primera impresión es algo certero. La Navidad es una celebración que conmemora el nacimiento de Aquel que se ha presentado a sí mismo como “Luz del mundo”, porque en Jesús, el *Enmanuel*, el Dios con nosotros, la Luz se hizo presente en el mundo para disipar las tinieblas de la noche. En Jesús, la eternidad de Dios penetró en el tiempo y en el espacio humanos para transformarlos. Desde la perspectiva cristiana, diríamos, que la Divinidad, a través de Jesús, se encarnó en el hombre para divinizarlo. No somos cualquier cosa, de mala calidad, alguien arrojado a la vida para la muerte, no somos consecuencia del acaso, de la fatalidad, sino que hemos sido constituidos, desde el primer momento, en “hijos de Dios”.

Una Navidad sin luz, no parece Navidad; pero una Navidad sólo con luces, tampoco es una auténtica Navidad. Da la sensación que en una sociedad en donde priva un criterio laicista, a veces excluyente del hecho cristiano, se está imponiendo una cosmovisión de la Navidad en la que se celebran las fiestas de invierno, en donde los colores rojos vivos y los blancos de nieve, junto con las luces de colores, se convierten en la escenografía “políticamente correcta” de la Navidad. Pero, debiéramos preguntarnos, ¿a quién celebramos en Navidad? ¿qué o quién es esa Luz a la que hacen referencia los árboles luminosos coronados por su estrella? ¿quién se encuentra embozado tras estos decorados festivos?

Para la civilización occidental, de raíces cristianas, las fiestas navideñas nos hablan del nacimiento de un Niño. Pero este Niño es un personaje muy especial; nace en una cueva de pastores rodeado de animales; viene al mundo en la mayor de las pobreza y pasará gran parte de su vida caminando en silencio hasta que, a poco de cumplir los treinta años, comience a predicar una Gran Noticia: Dios nos ha creado por amor y nos quiere a cada uno como somos. Nos quiere sus amigos, es más, quiere que seamos y vivamos como sus hijos ¡hijos de Dios! ¡esta es una noticia alucinante! Un anuncio que cobra una especial fuerza en nuestra sociedad mediática, llena de prisas y globalizada en donde cada vez nos encontramos con más personas, incluso jóvenes, enfermos, sin esperanza, sin ilusión por el porvenir, aquejados de frustraciones y ansiedades. En un mundo como el nuestro es necesario que redescubramos el verdadero sentido de la Navidad ¡lo necesitamos! y urgentemente. No basta con que nos regalemos cosas de colores fuertes y luminosos, ni nos pasemos con tantas comidas y cenas, mientras muy cerca de nosotros hay bastante gente que no tiene ni lo necesario para ir tirando.

La verdadera Navidad quiere iluminar nuestras vidas con la luz que brota de uno de los grandes misterios que se han dado en la historia de la Humanidad. Un misterio que revolucionó todas las creencias de ayer y de siempre, cuando en “la noche de los tiempos”: ¡Dios se hizo hombre! y con esta verdad, que el cristianismo ha expandido por toda la tierra, la dignidad de todo lo humano adquirió una fuerza excepcional. Dios, al hacerse hombre, asumió nuestra pobreza humana para enriquecernos con su divinidad, de tal modo que en el horizonte de nuestras vidas se abriese una puerta a la plenitud, a la divinización. Aquí encontramos la clave de nuestra esperanza, de nuestras luchas, de los éxitos y fracasos; también de los fracasos, porque los fracasos santifican –nos plenifican, nos perfeccionan, cuando sabemos encajarlos bien–, las omisiones no. En este sentido, aquella bellísima costumbre que inauguró Francisco de Asís, posiblemente en 1223, con la recreación naturalista del primer belén viviente de la historia, en donde los seres humanos y los animales, en una feliz comunión, junto con la naturaleza y la luz de las estrellas, constituyeron (va hacer 800 años) una expresión gráfica perfecta de esa fraternidad universal que sólo se puede construir cuando en el centro del corazón del ser humano se coloca a Dios que es Luz, Paz, Amor, Perdón y Misericordia. Por eso, al contemplar todavía hoy las figurillas del Nacimiento, desde su pobreza nos están lanzando ese mensaje que jamás pasará de moda: la Navidad es construir puentes para encontrarnos los unos a los otros y evitar separarnos, enfrentarnos y herirnos; la Navidad es partir lo que tenemos con aquellos que están muy cerca de nosotros y carecen de lo imprescindible; Navidad es extender la mano y llamar a los que están solos en tantos lugares de nuestro mundo rural y en los bloques de nuestro vecindario; Navidad es el deseo profundo de paz para que desaparezcan las guerras en nuestro mundo que traen destrucción y muerte; la Navidad es abrir nuestro corazón a la sana alegría y dejar que crezca la verdadera esperanza que sólo tiene un nombre: Jesús.

## ¡No os canséis de caminar!

Cuando he leído el lema que nos hemos propuesto para este curso pastoral: *Ánimo, soy yo, no tengáis miedo*[1], inmediatamente he vuelto la mirada del corazón hacia nuestros orígenes como Iglesia. No lo hice con nostalgia del pasado, sino que fue un impulso que de forma inmediata me hizo repensar los hitos fundamentales de la vida diocesana y llegué a la convicción, una vez más, de que somos como un eslabón de la larga cadena de fidelidades que componen esta gran familia, que es nuestra Iglesia en Ourense, que quiere caminar unida hacia una meta clara y definida: nuestra identificación con Jesucristo.

Ante la presencia de crisis, cansancios, esquemas pastorales que parecen agotados, praxis sacerdotales que han entrado en “vía muerta”, falta de respuestas efectivas por parte del laicado, es precisamente cuando nos resulta casi necesario repasar la idea, en lo más íntimo de nuestro ser, de que formamos parte de una Iglesia que hunde sus raíces en los primeros momentos de la evangelización cristiana en las tierras del Noroeste peninsular. Sin querer ni buscarlo, traemos sobre nuestra espalda más de mil años de historia cuidando el tesoro del Evangelio que, nuestros antepasados en la fe, impulsados por el Espíritu, han hecho llegar hasta nosotros y, a partir de este momento, tenemos la obligación moral de mirar hacia el futuro con esperanza para transmitir a las nuevas generaciones el regalo de una fe que, como don de Dios, se nos dio en el Bautismo que hemos recibido en el seno de la Madre Iglesia; un regalo que no es sólo para nosotros sino que estamos llamados a transmitirlo.

No resulta fácil concretar el lugar y el momento en el que por primera vez se anunció la Buena Nueva en nuestras tierras. Casi con certeza esos comienzos tienen mucho que ver con la presencia, a través de las vías de comunicación romanas, de algunos individuos vinculados al comercio y a la milicia imperial; algunos expertos sostienen que han sido ellos y sus familiares los que nos trajeron el mensaje y la vida cristiana. Ese mismo Espíritu, a lo largo del tiempo, ha guiado a nuestros mayores y los ha llevado a construir templos y santuarios, ermitas y hospitales para enfermos y peregrinos, puentes y monasterios. Cuando levantaban un asentamiento poblacional, casi siempre el edificio más grande, aquel que reunía mejores condiciones, era el templo y sobre él hacían girar toda su actividad y, bien dentro del mismo o en su entorno, enterraban a sus difuntos, en espera de la resurrección. Era la casa del “mejor vecino de la parroquia”: Jesús, el Dios con nosotros, el Dios vivo.

Los ecos materiales de ese testimonio han llegado hasta nosotros y, aunque en ocasiones, el excesivo análisis objetivo nos impide ver la realidad con ojos nuevos, no podemos negar la evidencia que constatan nuestros sentidos. La fe se ha encarnado en nuestros pueblos y en las costumbres de sus gentes. El

fuerte dinamismo del misterio de la Encarnación de Cristo nos ha ayudado a asumir, desde siempre, que también lo material: piedras, ríos, montes, aguas, cielo, fuego; en todo ello se ha desplegado la mano del Creador. Todo es bueno y en medio de esa bondad natural de nuestro pueblo y de sus gentes «se ha hecho carne» el regalo de la fe. Es verdad que, en nuestra generación, a veces nos dejamos llevar de las impresiones inmediatas y corremos el riesgo de hacer un balance negativo sobre la historia y la vida de nuestra Iglesia, cayendo en el desencanto. Somos, excesivamente, tan objetivos a la hora de analizar las debilidades, deficiencias y desafíos de nuestra Iglesia que, en ocasiones, nos hace perder la valoración real de la situación, e incluso nos puede llevar a caer en el relativismo práctico que se manifiesta, tantas veces, a través de esa inercia pastoral que nos ahoga, nos entristece y nos roba el entusiasmo apostólico llegando a perdernos en ese *gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad* [2]. No somos capaces de descubrir que la tierra que pisamos también es tierra de santos, y esta certeza tiene que darnos la fuerza necesaria de modo que *los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor* [3], sino que tienen que convertirse en un desafío para crecer en la fe y en el compromiso cristiano.

Sin embargo, desde una perspectiva realística, que no puede olvidar nuestras raíces, sobre todo, en estos dos últimos lustros, hemos realizado juntos muchos proyectos y acciones de fuerte calado pastoral. Todavía recuerdo, entre otros, aquel Año de la Fe celebrado en la Diócesis con las peregrinaciones a la Iglesia Catedral de San Martiño, la iglesia madre de todas las iglesias de la Diócesis; o bien aquel proyecto pastoral plasmado en la carta pastoral *Ourense en misión*; o el Año Mariano 2014-2015; y aquella primera vez en la historia que abrimos una “puerta santa” en la Catedral de San Martiño y en otros lugares significativos de la Diócesis. Era el Año de la Misericordia, y la puerta que, simbólicamente, abríamos quería significar la apertura a la esperanza para activar nuestros proyectos y compromisos pastorales. Sin embargo, entre todos los acontecimientos vividos, sin ninguna duda, el más significativo ha sido el Sínodo Diocesano que hemos iniciado juntos. Durante estos años experimentamos la realidad de un Pueblo “en salida misionera” que, sin perder la alegría, se llenó de *esa energía* de Dios que lo quiere transformar todo [4]. Cuando “caminábamos unidos” –incluso lo decíamos cantando–, surgió en el horizonte de nuestras vidas el fenómeno de la pandemia que, en un primer momento, pensábamos que truncaría el proyecto emprendido con tanta ilusión. Jamás, en nuestra historia reciente, hemos vivido semejante experiencia; sin embargo, pudimos comprobar que en medio de aquellas graves dificultades, en las que

algunos de vosotros perdisteis a alguno de vuestros seres queridos, nos hacía fuertes la certeza que brotaba de las palabras del Maestro: *¡No temáis!... Yo he vencido al mundo* [5], al pecado, a la enfermedad y a la muerte; he vencido, porque *Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida* [6].

Por eso, me atrevo a decir, siguiendo al papa Francisco, que tenemos que luchar con todas nuestras fuerzas contra todo aquello que nos impida caminar con libertad de cara al futuro, sin perder nuestras raíces; debemos hacer nuestro este deseo del Papa: *No al pesimismo estéril* [7]. Sabemos a dónde vamos, tenemos los medios, somos conscientes de las dificultades, deficiencias y posibilidades de nuestra gente, y también de las nuestras; a pesar de todas las adversidades, se hizo patente la riqueza espiritual que se encierra en tantas de nuestras comunidades cristianas. Somos testigos de su generosidad y, sobre todo, de la corresponsabilidad de muchos de nuestros fieles. Y si otros no respondieron a la llamada de caminar juntos, o a otras actividades de la Iglesia Diocesana, esto fue debido a que ni se enteraron, ni se sintieron convocados; pero también puede ser que parte de esa culpa la tuviéramos nosotros porque no hemos sido capaces de presentar la invitación a la participación en el Sínodo Diocesano con un lenguaje nuevo, cercano y comprensible. Por otra parte, quizás necesitáramos saber mirar bien, con mirada positiva y propositiva, al mismo tiempo, la realidad de nuestras comunidades para descubrir sus posibilidades y valorarlas mejor.

No es buen espíritu cristiano tener esos planteamientos tan pesimistas con respecto a todo y a todos. Los males y las deficiencias que descubrimos en la sociedad, y en nuestra Iglesia particular, no se pueden convertir en excusas para reducir nuestra entrega, apagar el fervor apostólico y dejarnos cristalizar por la inercia de una pastoral carente de ilusión y de perspectivas de futuro. No somos una empresa que sólo busca una cuenta de resultados positivos, aunque para algunos parezca que es así. No podemos plantear el ejercicio de nuestro ministerio ni el de cualquier labor apostólica o catequética dentro de la dinámica de las leyes de la oferta y la demanda. La Iglesia, cuanto más pobre y necesitada, resulta que es más fecunda. Nos conmueve contemplar la realidad de esas comunidades hermanas situadas en regiones de Latinoamérica, en África o el Extremo Oriente, llenas de niños y jóvenes, plenas de actividad y alegría a pesar de estar atenazadas por la pobreza y, tantas veces, azotadas por guerras civiles destructivas, o que tienen coartada su libertad. Siempre nos dan ejemplo de fidelidad. Lo que para nosotros son problemas insalvables, para ellos son simples anécdotas. No podemos dejarnos llevar de lo accidental, sino centrarnos en lo importante.

Al acercarnos a la Navidad, tiempo en el que renovamos, místicamente, el hecho más revolucionario en la historia de las religiones de la cultura hu-

mana: la Encarnación de Dios; debemos aprender a ser más optimistas con respecto a nuestra Iglesia, saber valorar lo que tenemos, aceptar lo que nos falta e insistir para seguir dando pasos en ese camino sinodal que hemos iniciado con el favor del cielo. La Iglesia nos invita a que convirtamos toda esa realidad negativa en auténticos desafíos para fortalecer nuestra fe, “¡No nos dejemos robar la esperanza!”[8].

Necesitamos purificar nuestra mirada para poder contemplar que tras una realidad que pretende aplastarnos está emboscada la gracia. Recordemos aquel pensamiento de Pablo: *Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad* [9]. Desde nuestras pobreza hemos hecho la experiencia de *caminar juntos, de caminar unidos*; lo hemos hecho sabiendo que este camino sinodal, que hemos iniciado en la Misa Crismal de 2016, en un principio solo era un proyecto audaz en el que pocos creían, algunos lo contemplaban con escepticismo, y otros se situaron al margen del camino; sin embargo, paulatinamente, hemos descubierto que el auténtico sentido de nuestro proyecto es que *todo camino en la Iglesia es sinodal*, desde el principio de su existencia. Hemos recorrido todo el proceso teniendo la certeza de que el Espíritu pedía a nuestra Iglesia local un proceso de conversión tanto personal como comunitario, tanto espiritual como pastoral. Y, una vez iniciada esta singladura, fue el mismo Papa el que nos invitó a implicarnos todavía más en esta dinámica al proponernos participar en el Sínodo Universal 2021-2023 [10], con objeto de descubrir que *la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio* [11], y que debemos apostar por una Iglesia que viva la sinodalidad, no sólo en todas sus estructuras sino en el corazón de todos los fieles, en especial en el de los sacerdotes y miembros de la vida consagrada porque ellos, por vocación y por ministerio, son iconos emblemáticos de esta dinámica eclesial.

En mi anterior aportación escrita a *Pastoralia* [12], me centraba en el lema que habíamos elegido como *leitmotiv* de nuestra Programación Diocesana de Pastoral. En esas páginas subrayaba una serie de líneas marco que deberíamos potenciar a lo largo del curso: evangelización, sinodalidad, familia, catequesis, parroquia, jóvenes, vocaciones, laicado mejor formado, la oferta del Instituto Teológico Divino Maestro. Pero, si os recordáis bien, hice una pequeña reflexión sobre el impacto positivo que generó la presencia de la ***Cruz de Lampedusa*** en nuestra Diócesis y, con esa ocasión, planteaba a los pastores y demás agentes de pastoral que era conveniente descubrir como ciertos temas que implican cercanía, encuentro, proximidad, solidaridad, poseen en sí una capacidad de atracción que es muy elocuente. Hemos intentado hacer lo mismo con la *Peregrinación Europea de Jóvenes*, PEJ22, realizada en Santiago de Compostela. Sinceramente pienso que debiera de haber sus-

citado una mayor respuesta por parte de toda la comunidad diocesana. Sólo treinta jóvenes de Ourense estuvieron presentes y se ofrecieron como voluntarios a la PEJ22. La experiencia vivida esos días en Compostela por los jóvenes ha sido enriquecedora y les ha dejado un doble impacto: por una parte, un agradecimiento a la Iglesia por tantas cosas como habían recibido durante aquellos días; por otra, un sentimiento agrí dulce de aparente fracaso, por no haber podido llegar a más jóvenes, ya que eran conscientes de que habían perdido una valiosa oportunidad en su vida.

Pocos meses después, a comienzos de octubre, hemos realizado la *Peregrinación Diocesana a Santiago de Compostela* con motivo del Año Santo; los días previos hubo que cerrar las inscripciones porque superaron con mucho los criterios de seguridad establecidos por la Catedral de Santiago. A pesar de todo, en el día previsto, nos encontramos en la explanada del Seminario Menor de Belvís más de mil ochocientas personas y, entre ellas, un buen grupo de sacerdotes. Un ambiente eclesial festivo, de alegría, de fraternidad, de comunión y un grato sentimiento de ser hijos e hijas de la Iglesia en Ourense. Fue una jornada hermosa que ha dado su fruto. Este evento estuvo precedido por la iniciativa llevada a cabo por la Delegación de Peregrinaciones y para el Camino de Santiago, junto con otras Delegaciones que se sumaron al proyecto: *Peregrinando en Familia*. Un sábado al mes, cerca de doscientas personas, hombres y mujeres, mayores, niños y jóvenes se pusieron en camino por etapas, partiendo de la iglesia monástica de las Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés, hasta llegar a Compostela. Ha sido una experiencia eclesial muy hermosa y que ha tenido un eco especial en el sentimiento de los fieles.

Si este último evento diocesano dio su fruto, ¿por qué no podemos comprometernos entre todos para llevar adelante otros proyectos eclesiales de comunión y de misión? Pienso, por ejemplo, en la próxima *Jornada Mundial de la Juventud* que se realizará en el verano próximo en Lisboa, contando con la presencia del Santo Padre. Ésta no es una tarea sólo de las Delegaciones implicadas, sino que afecta a todos los que nos sentimos Iglesia.

En realidad, la experiencia sinodal nos está enseñando que **la comunión, la participación y la misión** tienen que ser las realidades que vertebran todas nuestras actividades pastorales. No podemos encerrarnos en nosotros mismos, es necesario que acojamos lo que se nos dice en alguna de las proposiciones sinodales en donde se nos insiste que hay que *establecer espacios y encuentros de convivencia, celebración y formación para alentar la dimensión comunitaria y misionera de la fe* [13]. Se nos invita a que rompamos las fronteras de los límites físicos y morales de nuestras parroquias, a que dejemos de ser entes autorreferenciales, a que ayudemos a los fieles a abrirse —que les cuesta— a otras comunidades, para vivir mejor la fe, celebrar la

liturgia, poder recibir los medios de formación necesarios; esta realidad de la “comunidad” y de la “comunidad” estuvo presente en las reflexiones de los grupos sinodales y ha quedado recogida en varias proposiciones [14]. Dentro de esta dinámica, necesitamos replantear la coordinación y cooperación entre las Delegaciones, así como buscar una mayor eficacia en los proyectos que afecten a toda la comunidad diocesana. Si por una parte, la Iglesia a todos los niveles nos está pidiendo que vivamos el espíritu de la sinodalidad, como clave fundamental para funcionar como Iglesia, en este momento de la historia, asumiendo que debemos potenciar lo comunitario, lo que no podemos hacer es, como señala el papa Francisco, que seamos nosotros los que *pretendemos la diversidad y nos encerremos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocando la división y, por otra parte, cuando somos nosotros quienes queremos construir la unidad, con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Esto no ayuda a la misión de la Iglesia* [15]. Esta situación es lo que está provocando confusión en nuestros fieles que reclaman que se elabore una normativa diocesana, y si ya existe, que se exija, de tal modo que se establezcan criterios de actuación entre todos los organismos de esta Iglesia en Ourense [16]. Evidentemente, se ofrecen normas e indicaciones pastorales, en orden a vivir la *unidad en las cosas necesarias, la libertad en aquellas dudosas, y en todo, caridad* [17]. No se busca por tanto la uniformidad cuartelaría, cuanto la pluriformidad inteligente, dentro de la comunión de la Iglesia. Unidad dentro de la pluriformidad que adquiere un sentido pleno cuando nos esforzamos por vivir todo este proyecto bajo la perspectiva de la comunión eclesial.

## NOTAS

---

- [1] Mc 6,50.
- [2] Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 83 (en adelante EG).
- [3] EG 84.
- [4] Cfr. Flp 3,17-21.
- [5] Jn 16,33.
- [6] Jn 14,6.
- [7] Cfr. EG 84-86.
- [8] EG 86, final.
- [9] 2 Cor 12,9.
- [10] En las últimas semanas, el Santo Padre nos ha comunicado que esta dinámica sinodal debemos hacerla con seriedad y sin prisas, de tal modo que ya no es el 2023, el año de la clausura de este Sínodo sobre la sinodalidad, sino que se apunta hacia el 2024.
- [11] Francisco, *Discurso para la Conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015).

[12] Pastoralia, 69 (agosto 2022) pp.7-12.

[13] *Proposiciones del Sínodo Diocesano*. Ourense 2016-2021, Prop. 41.

[14] *Idem*, Props. 70, 77, 96, 107 y 113.

[15] EG 131.

[16] Props. 49, 56 y 116.

[17] *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*; que podemos traducirla por: *Unidad en las cosas necesarias, libertad en aquellas dudosas, y en todo, caridad*. Este pensamiento fue atribuido, erróneamente, a San Agustín, y citado por san Juan XXIII en la encíclica *Ad Petri Catedram*. En realidad, parece que fue utilizado, por primera vez, por el arzobispo de Split, Marco Antonio de Dominis (1560-1624) en su obra: *De republica ecclesiástica* libri X, (Londres 1617), en el libro IV, capítulo 8.

## En la revista diocesana *Comunidade*

Octubre

### *Institutum Theologicum Auriense*

Apenas iniciado el curso académico 2022-23, hemos recibido de la Congregación para la Educación Católica (de los Institutos de Estudios), Ciudad del Vaticano, el Decreto en el que se crea el *Institutum Theologicum Auriense*, también llamado del “Divino Maestro”, de acuerdo con el artículo 11 de la Instrucción de Afiliación de Institutos de Estudios Superiores (8.12.2020), el cual afirma que “la afiliación puede ser concedida a aquellos Institutos que se hayan demostrado idóneos durante un período de tiempo congruo, habiendo recibido el parecer favorable tanto del Ordinario, como de la Conferencia Episcopal” y, teniendo en cuenta, además, la norma del art. 63 §1 de la Constitución apostólica *Veritatis gaudium*, del papa Francisco, que nos dice que esos institutos deben ser constituidos por el Dicasterio romano competente.

En nuestro caso, ya el 27 de febrero de 1996, Mons. Diéguez Reboredo (q.e.p.d.), obispo de Ourense de 1987 a 1996, solicitó a las autoridades competentes, que el Cuatrienio de Estudios Teológicos que se impartía en el Seminario Mayor del Divino Maestro fuese afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca con el fin de que los seminaristas que cursasen dichos estudios pudieran obtener el título de Bachillerato en Teología (Licenciatura en Estudios Eclesiásticos), sin necesidad de matricularse, posteriormente a la conclusión de sus estudios en el Seminario de Ourense, en otra Facultad de Teología para obtener el mencionado título académico superior. Este centro, desde entonces estuvo orientado, única y exclusivamente, para los seminaristas como candidatos a las Sagradas Órdenes.

Desde aquel momento, mis predecesores se han esforzado por mantener la idoneidad de esos estudios, al tiempo que fueron realizando las adecuaciones del espacio académico, optimizándose la Biblioteca y enviando sacerdotes a los centros académicos universitarios tanto en Roma, como en España, con el fin de obtener la capacitación ordinaria para la docencia universitaria en y desde el Instituto Teológico “Divino Maestro”.

En los últimos años, la legislación sobre los Institutos Teológicos ha ido convirtiéndose en una normativa más exigente y restrictiva. La última aprobación de los estudios en nuestro centro se obtuvo el 9 de enero de 2018, y, como siempre, por un quinquenio. Sin embargo, teniendo en cuenta la nueva legislación de la Santa Sede sobre los Institutos Teológicos, el espíritu de la Constitución apostólica *Veritatis gaudium*, y la preocupación en la Iglesia por

la formación de los candidatos a las Ordenes Sagradas, como de los miembros de la Vida Consagrada y de los laicos, tanto hombres como mujeres –tal como es el deseo del papa Francisco y de la Iglesia–, después de proceder a la revisión de los Estatutos del Instituto Teológico “Divino Maestro”, y habiendo obtenido el *placet* del Obispo de Ourense, el 25 de mayo de 2022, y el de la Conferencia Episcopal Española, el 27 de junio de 2022, el Gran Canciller de la Universidad Pontificia de Salamanca envió los mencionados Estatutos a la Congregación para la Educación Católica.

La Congregación para Educación Católica, con fecha 18 de agosto de 2022, publicó el “decreto” según el cual se erigía canónicamente el *INSTITUTUM THEOLOGICUM AURIENSE*, concediéndole a nuestro centro personalidad jurídica pública y afiliándolo a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Desde este momento nuestro Instituto Teológico Auriense del “Divino Maestro” es un centro universitario en el que se imparten los estudios filosófico-teológicos, en el que cursan sus estudios los seminaristas, pero que, a partir de ahora, estarán abiertos a todas aquellas personas, hombres y mujeres, que estén interesadas en lograr una formación teológica profunda. Es necesario saber que estos estudios tienen validez civil y se pueden obtener, una vez superado el examen final, las habilitaciones previstas por la legislación española, publicadas en su día en el Boletín Oficial del Estado.

En ocasiones, ignoramos estas instituciones que, de una manera callada, realizan su misión; una misión hecha con mucha dedicación y esfuerzo. Este trabajo formativo se lleva a cabo en un ambiente de atención personalizada, con un entorno de paz y tranquilidad, desde lo alto del monte Ervedelo en donde se encuentra la sede de este centro, formando parte del conjunto del magnífico edificio de principios del siglo XX, que es el Seminario Mayor Diocesano, desde donde se contempla la ciudad de los puentes, para indicarnos, simbólicamente, que a través de estos estudios nuestros alumnos se adentran en el misterio de lo más humano de la persona, en una visión diferente y abierta sobre la naturaleza y el cosmos; todo ello siempre abierto a la importancia del hecho religioso y, de manera especial, convirtiéndose en un camino de acceso al misterio de Dios.

Invito a todos los sacerdotes y miembros de la vida consagrada a que se conviertan en comunicadores de esta buena noticia y, al mismo tiempo, inviten a que, dentro de los diferentes caminos formativos que nos brindan los estudios universitarios en nuestra ciudad, no se olviden de este ámbito humanístico que es la Filosofía y la Teología, que se encuentran tan olvidadas en la sociedad actual. Es misión de todos los que se sienten Iglesia en Ourense publicitar la existencia de este Instituto que ha nacido para formar, no sólo a los candidatos que se encaminan a las Ordenes Sagradas, sino también a

todas las personas, ellas y ellos, que desean convertirse en mejores agentes pastorales o que buscan una enseñanza humanística de calidad y personalizada para enriquecerse intelectualmente a sí mismos y para servir mejor a esta sociedad, dándole un sentido nuevo a la realidad que nos rodea. En medio de un excesivo pragmatismo y de la búsqueda de la rentabilidad a corto plazo, el Instituto Teológico Auriense quiere ofrecer unos estudios en donde se nos abre un camino de enriquecimiento personal y de apertura a los valores que nunca pasan de moda.

Con afecto, os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,  
J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

## Noviembre

### Gracias, muchas gracias, por tantas cosas buenas

La Jornada de la Iglesia Diocesana se va estableciendo, lentamente, en la memoria colectiva de las parroquias y de sus gentes y, como una pequeña gota de agua que va cayendo constantemente sobre la superficie de la roca más dura, la va horadando poco a poco hasta que la penetra y la transforma. No resulta fácil cambiar “la roca” de la inercia y de la indiferencia –que es todavía peor–, pero año tras año se va convirtiendo en una ocasión para ser conscientes de que, como cristianos, hijos de la Iglesia Católica, no vivimos la fe solos, sino juntos, formando una gran familia, que depende de la oración, del cariño, del respeto y de la colaboración de todos. Esta “gran familia”, que es la Iglesia que formamos todos, incluso aquellos que no participan habitualmente en nuestras celebraciones, es una realidad abierta y acogedora, entregada y servicial, que no tiene fronteras y no selecciona a sus miembros, sino que abre de par en par su corazón, como la puerta grande de nuestros templos, para que entren todos.

Todos estamos llamados a ser más creativos y proactivos; debemos implicarnos con pasión en la vida de nuestras comunidades parroquiales, de las que formamos parte desde el Bautismo, o por razones de residencia, porque, gracias a ellas, vivimos unidos a la única Iglesia que, con Pedro y bajo Pedro, se extiende por el mundo entero.

En los últimos años, la gran familia de la Iglesia está viviendo momentos especialmente delicados. Sin embargo, si damos una ojeada a la historia de

esta Iglesia nos damos cuenta de que momentos similares, o quizás peores, ya la han sacudido hasta sus cimientos y pretendieron aniquilarla. Hoy estamos descubriendo como, por una parte, el rostro de la Iglesia envejece, serenamente, en las personas ancianas que habitan nuestra Diócesis, pero en otros tantos descubrimos signos de juventud y vitalidad.

En nuestra Iglesia, como en toda familia, vivimos experiencias que dejan huella en nuestro corazón, nos apoyamos en los demás cuando necesitamos ayuda, acompañamos a quienes lo necesitan, estamos pendientes unos de otros y vivimos también de manera más intensa tanto los buenos momentos como aquellos en los que el dolor, la enfermedad y la muerte de nuestros seres queridos nos hacen descubrir que “somos ciudadanos del cielo”. Gracias a la Iglesia somos un grito de eternidad en el tiempo. Y eso nos ayuda a no claudicar ante nada ni nadie, sino a construir puentes de esperanza.

Todo esto no seríamos capaces de vivirlo sin la colaboración de todos. Muchos, también creyentes, creen que los medios económicos que hacen viva y operativa la estructura visible de la Iglesia, provienen de subvenciones. Pero eso no es así. Es cierto que, en ocasiones, las entidades públicas colaboran con la Diócesis y sus parroquias a la hora de acometer obras de restauración del patrimonio histórico-artístico; pero con sólo eso no podríamos mantener en pie la mayor parte de nuestros templos del mundo rural.

Desde hace unos años, después de laboriosos diálogos entre los representantes de la Iglesia y del Estado, se encontró la forma de la asignación tributaria. Los ciudadanos, cuando hacen su declaración de la renta, marcan la X en la casilla de ayuda a la Iglesia Católica, compatible con la de otros fines sociales. Este hecho tan sencillo hace posible que la mayoría de las Diócesis puedan sostener a sus sacerdotes, arreglar los templos, mantener los seminarios y apoyar obras de apostolado y de solidaridad.

A pesar de todo, en los últimos años, ante los cambios sociopolíticos, que van más a prisa de lo que nos imaginamos, estamos esforzándonos por lograr el autosostenimiento de nuestras comunidades. El ejemplo que tenemos cerca es la Iglesia en Portugal. Los tiempos son complejos y la situación social nos está invitando a ir dando los pasos necesarios. Es imprescindible que despertemos nuestra conciencia de que la vida y la actividad de nuestras comunidades eclesiales debe ser tarea de todos aquellos que pertenecen a ellas. Se trata de aportar nuestra colaboración, pequeña pero constante, como esas gotas de agua sobre la superficie de la piedra. Así seremos capaces de conseguir los objetivos que nos proponemos.

Es necesario que los seglares sepan descubrir y exigir su responsabilidad en el seno de la Iglesia. A ellos corresponden, de manera especial, las tareas encaminadas a la búsqueda de los recursos necesarios para la autofinanciación

de las parroquias. Los sacerdotes deben ser transparentes y claros, sabiendo que cuanto mayor sea la claridad con que exponamos las cuentas, más generosa es la respuesta de los fieles. A mayor transparencia, mayor corresponsabilidad. Si nuestros fieles no sienten el templo y las dependencias de los centros parroquiales como algo propio, sino del “cura”, no seremos capaces de superar los mínimos en los que nos encontramos en Galicia, cuando se trata de marcar la X de la casilla de asignación tributaria, ni podremos animarlos a emprender el camino de la autofinanciación de nuestras parroquias.

El camino sigue siendo largo. El proyecto es ambicioso. La finalidad de este proceso quiere acercarnos más a aquellos momentos de la primitiva comunidad cristiana, que eran momentos evangélicos: los que tenían más posibilidades ayudaban a los más necesitados. De ahí que la Acción de gracias se convertía en una ocasión propicia para descubrir la fecundidad de aquellas comunidades que, desde sus muchas pobreza, también de medios, sabían descubrir y ayudar a otras comunidades más necesitadas.

Gracias a Dios en nuestra Diócesis, en los últimos años, a pesar de las dificultades económicas, hemos podido realizar algunas empresas apostólicas, gracias a la generosidad de algunas entidades eclesiales que han sido muy generosas con sus bienes. Sí, gracias, muchas gracias, muchísimas gracias por tantas cosas que recibimos en la Iglesia y de la Iglesia. De muchas de ellas somos conscientes, de otras no. Sin embargo, sabemos que siempre está ahí, porque somos una Iglesia que camina en nosotros, con nosotros y para el bien de todos.

¡Gracias por tanto!

Con afecto, os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,  
J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense

## Diciembre

### Los valores y la vida

Escribo esta reflexión después de haber asistido a la apertura de la 120 Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, en el que ha sido un acto muy especial, y, me atrevería a decir, valiente. Se nos recordó que estamos viviendo unos tiempos muy complejos y que para superarlos necesitaríamos un gran consenso social, no enfrentamientos ni divisiones. Por este

camino no llegaremos muy lejos. Para acertar es necesario afrontar el futuro mirando al pasado, no para quedarse anclados en él sino para aprender y saber valorarlo como palestra en la que se puede aprender mucho. Como en nuestro entorno no se respira este ambiente, los seguidores de Jesús, el Dios de la Vida, tenemos que detenernos con una mirada de fe, buscando con calma la sensatez evangélica que nos ayude a descubrir cuáles son los valores que debemos proponer y que, con valentía, con diálogo y con la “paciencia de los santos”, debemos hacer presentes allí donde nos encontremos. Hoy muchas miradas están puestas en nosotros, en los seguidores de Jesús. En medio de una sociedad globalizada, en donde proliferan las “religiones a la carta”, la vida cristiana se nos muestra como el camino, la verdad y la vida.

En esta situación social que a veces esta recorrida por la crispación, las descalificaciones, los enfrentamientos, que nos impiden buscar la solución adecuada, la Iglesia debe mostrar, hoy más que nunca, su corazón de Madre. Sí, me diréis que es muy difícil porque nos han convertido en “signo de contradicción”, y es cierto, pero esas actitudes las hemos podido ganar a pulso; también es verdad que desde algunas instancias repiten, casi sistemáticamente, los mismos mensajes y consignas. No han sido mejores los tiempos de Jesús y también a él le llamaron: “comilón y borracho, amigo de gente de malvivir”. ¡Y era el mismo Dios! Aquél que era y sigue siendo Bondad infinita, Amor misericordioso, Luz del mundo.

En estos momentos, la Iglesia, como Madre, quiere mostrar el valor de la familia como la gran catalizadora de los valores. En medio de esta crisis, sólo la familia puede liberarnos de nuestros miedos, de las fragilidades, de la pobreza estructural, de la soledad y de la miseria moral. En realidad, una vez más se demuestra con claridad que la familia se está convirtiendo en fuente de estabilidad social.

La familia da sentido a la vida, a la sociedad. Somos un “nosotros” de tal modo que lo que te sucede a ti, me afecta a mí. Por eso la Iglesia nos quiere ayudar a despertar de ese sueño que nos presentan, desde muchas instancias, de otras formas y modelos de familia. Nos recuerda que no debemos conformarnos con esos sucedáneos mediocres de la vida, ni centrar nuestra existencia sólo en los negocios, en la cuenta corriente, en la última marca de coche, en los viajes, en disponer del último aparato informático, o en la custodia celosa de nuestro tiempo libre que nos encierra en nosotros mismos y nos impide descubrir a los demás. Nos impide, precisamente, descubrir eso que el papa Francisco ha denominado “amistad social”. Por eso, qué dura es la vejez para quien no ha vivido amando. Qué dura es la existencia cuando no se ha experimentado el amor generoso y entregado de una madre y de un padre. Somos en gran medida lo que hemos recibido y vivido en el hogar.

Estamos comenzando a sufrir, sin darnos cuenta, las consecuencias de una carencia sistemática de valores. Hasta las personas buenas tienen comportamientos frívolos: recuerdo que me decía una persona amiga que una madre cuando su hijo le manifestó que quería ser sacerdote, ella, mujer piadosa y “de Iglesia”, le decía insistentemente: “¡Tu, de cura ni hablar!” Y, con su conciencia “cristalizada” por el ambiente paganizado en el que vivía, seguía participando en sus encuentros en torno la Iglesia.

¿Acaso no son un síntoma de que estamos perdiendo los grandes valores acerca del amor y del auténtico sentido de la vida? Las estadísticas que llegan con frecuencia hasta nosotros nos dicen que la edad media de inicio en el consumo de alcohol se sitúa en los 13 años. Y, además, uno de cada cuatro adolescentes y jóvenes ha padecido una intoxicación etílica. Por no insistir en esta dirección, sólo quisiera hacer una referencia a una situación dolorosísima ante la cual la Iglesia Madre quiere buscar una respuesta y una cura adecuada. En el Hospital de San Juan de Dios de Barcelona han dado la voz de alarma ante el aumento de los intentos de suicidio y avisan de que en los menores se han triplicado. Esta misma situación se respira en nuestras latitudes. Todo esto es un síntoma de que estamos haciendo algo mal.

Algunos piensan que ofreciendo rebajas en la exigencia educativa y presentando el amor humano de una manera trivial se puede conseguir una sociedad más sana y feliz. Alguien ha dicho que “la infancia, la adolescencia y la juventud muestran síntomas de sufrimiento. Hay causas reconocibles: la inestabilidad familiar y la crisis de identidad provocada por las ideologías de género. Frágiles y vulnerables, necesitan seguridad y unos valores estables”. ¿Encontraremos la belleza del amor y esos valores potenciando iniciativas legislativas que pretenden educar a las generaciones jóvenes? ¿Por qué tantas prisas aprobando leyes que no son urgentes y que necesitan ser estudiadas y ponderadas no sólo legalmente, sino científicamente? ¿Acaso con esa Ley de Salud Sexual y Reproductiva y de Interrupción Voluntaria del Embarazo no se está encubriendo el derecho del más fuerte sobre el más débil?

Ante estas y otras situaciones, la Iglesia quiere ser madre que acoge, espera, escucha, ama, cura y perdona siempre. Y en esta Iglesia nos encontramos los cristianos que habiéndonos dejado fascinar por Jesucristo nos lanzamos “mar adentro” y “lanzamos las redes” para convertirnos en aquellos que, cultivando esa “amistad social”, salimos al encuentro del hombre y de la mujer que sufre y camina “como ovejas sin pastor”. Dentro de unos días, la belleza de las celebraciones litúrgicas navideñas nos ayudará a descubrir cómo ese Dios se hace Niño para que todos aprendamos el camino de la Vida y así se lo mostremos a nuestros conciudadanos. Sólo en ese Niño, el Dios hecho hombre, podemos encontrar el verdadero fundamento de los valores que nos

pueden hacer dueños de nosotros mismos, testigos de la belleza del verdadero amor y misioneros de la vida que nos abre a la esperanza.

Con afecto, os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,  
J. Leonardo Lemos Montanet  
Bispo de Ourense